

REVISTA CASTELLANA

LITERATURA ■ HISTORIA ■ CIENCIAS ■ ARTES

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

ADMINISTRACIÓN: FERRARI, 4 y 6.—VALLADOLID

Poesía inédita de Zorrilla

La REVISTA CASTELLANA se honra publicando a continuación una composición inédita del gran poeta vallisoletano, que éste escribió poco antes de morir, en 7 de Febrero de 1892, según expresa la fecha estampada después del título.

El autor inolvidable de *Margarita la Tornera*, doliéndose del estado lastimoso por que atravesaba nuestra patria—y que hoy, afortunadamente, ha mejorado de modo portentoso,—deploraba el mal del analfabetismo y con el certero instinto del poeta señalaba como culpable a la funesta política española.

Es la poesía *Alto en el desierto* la voz de alarma que el poeta, viendo próxima su muerte y no queriendo exhalar su último suspiro sin que su patria comenzara una labor redentora, dirige a los que pueden y deben iniciarla. Repárese en la fecha de la composición y se reconocerá cómo el poeta adivinaba y quería evitar el inminente peligro, con palabras en que se funden el patriotismo más acendrado y la más amarga desconfianza.

ALTO EN EL DESIERTO

(Febrero 7-92)

Al emprender mi gira por España
a ofrecerla al morir, como buen hijo,
con mis trémulos y últimos cantares
mi último adiós y mi postrer suspiro,
una verdad que de rubor empaña
de mi patria la faz llega a mi oído,
y voy a hacer un alto y un esfuerzo
por ver si el paño de la faz la limpio.

No lo podré yo hacer ya viejo y solo,
pero ya otros lo harán si yo lo inicio:

no sea al fin mi poesía extraña
e inútil a mi patria y a mi siglo.

Somos trece millones de españoles
que no sabemos leer. ¡Dato inaudito!
Si aun nos queda valor, honra y vergüenza,
es menester probarlo o desmentirlo;
y si probado está, meter luz pronto
de ignorancia y baldón en ese abismo,
o al fin del siglo de la luz, a oscuras
nos quedamos sin ver y sin ser vistos.

Yo soy el español de menos fuste,
pero el más español de los hoy vivos,
y España no podrá jamás tomarme
por desertor, rebelde o tornadizo.
La vida me pasé glorificando
la prez de España y sus varones ínclitos;
saqué la cara y enristré la pluma
para lóar doquier hasta el mal que hizo.
Sus creencias canté y supersticiones,
porque ese es de mi pueblo el simbolismo:
crëer y pelear, soñar con oro,
pedir limosna al són de un guitarrillo,
desperdicar el bien que Dios le envía,
y en Dios fiando y su valor nativo,
explotarse dejar por quien le halague,
contando cuentos lúbricos o místicos.
Cada cual es como es: hay, a hombre o pueblo,
que tomar como Dios hacerle quiso.
Yo he cantado a mi patria sesenta años
a mi modo de ver como la he visto,
gloriosa con sus fastos militares,
grande con sus virtudes y sus vicios,
prendida con sus tocas de castaños,
de nogales, de almendros y de olivos,
con su manto de mieses y viñedos
y el cinturón de plata de sus ríos,
piadosa con la fe de sus mayores,
gaya con su carácter expansivo
y hermosa con su vello y sus lunares,
morena tez y mosqueadores rizos.

Puede ser que la gente venidera,
y aun la de hoy al juzgar mis pobres libros,
les niegue utilidad y trascendencia,
mas no podrá negar su españolismo.

Amé a mi patria como amé a mi madre,
ni tierra ni mujer para mí ha habido

mejores que ellas dos, y siempre he estado dispuesto por su honor a dar el mío; y hoy que de España, por lo que oigo y leo, rñe un gusano el corazón dormido, voy a ver si mi voz se le despierta, y si no oye mi voz, a darla un grito. Tengo aquí poco tiempo y poco espacio: con que hay claro que hablar y jugar limpio; a mí ya ni me engañan chachareros ni comulgo con ruedas de molino.

¿Somos doce millones de españoles que no sabemos leer?—¿Sí? Pues ¡por Cristo! ¿qué han hecho en sesenta años de progreso y libertad maestros y ministros? ¿No habíamos quedado en que los pueblos, en ignorancia estúpida sumidos, estaban en España por aquello que dimos en llamar oscurantismo? ¿No habíamos quedado en que el sistema parlamentario, desoldando grillos, rompiendo celosías y enverjados, rasgando velos y apagando cirios, iba aire, luz, salubridad y vida a dar a inteligencias y edificios, e íbamos todos a aprender al menos a escribir bien o mal y a leer corrido?

Yo creí que todo eso estaba hecho: que al fin de tanta lid y tantos tiros, de tanta ley y de discursos tantos, e instalar tal sin número de círculos, colegios, asambleas, gremios, centros, logias, clubs, ateneos y casinos, ya era el pueblo español como los otros ilustrado y capaz .. ¡y ahora salimos con que hay doce millones de españoles que no sabemos leer! ¡Gran fin de siglo! ¿Qué hay que impida a aprender a nuestro pueblo? ¿Es su incapacidad? ¿es maleficio? ¿Hay a quien interese que no aprenda? ¿Por qué, pues ya hay maestros, no ha aprendido? ¿Por qué a aprender a leer no le han forzado los que a aprender le fuerzan su servicio? Si a aprender en pro ajena se le obliga, ¿por qué no ha de saber para sí mismo? ¿Por qué el legislador, el gobernante, el gremio, la parroquia, el municipio,

todo el que gente donde quier reúne
para darla trabajo, pan o asilo,
en talleres, en obras, en cuarteles,
cárceles, hospitales y presidios,
no consigna el lëer obligatorio
y el aprender a leer como principio?

El que no sabe leer, no sabe nada:
la luz, la idea, el alma está en el libro:
la Biblia, el de Jesús, la historia patria,
el código civil, el catecismo.

¿Por qué?—Señor Sagasta y señor Cánovas,
si ustedes no lo saben, averígienlo:
porque si a leer a España no enseñamos...
¡verán lo que es la España fin de siglo!
Yo ya no lo he de ver: yo ya del mundo,
como dijo el gitano, *me las guillo*;
mas si a ustedes les coge de sorpresa,
no es porque yo al morir no se lo aviso.

JOSÉ ZORRILLA.

Episodios de juventud

(Del libro ZORRILLA: SU VIDA Y SUS OBRAS, cuyo primer tomo acaba de publicarse).

Dos meses permaneció Zorrilla en Lerma, que no debieron de ser muy gratos, por el peligro en que veía la vida de su padre y por la poca benevolencia que le mostraba su tío el beneficiado. «El caso era—escribe en los *Recuerdos*—que cuando yo me retiraba con permiso suyo o de mi madre a descansar o a estudiar, jamás encontraba mi tío buena mi actitud ni en regla mi posición. Si me encontraba durmiendo, hallaba siempre largo mi sueño; si me ponía a leer la Biblia, el *Genio del Cristianismo* o las obras de San Agustín, que él tenía sobre la mesa, de la mano me las quitaba. Si permanecía en el aposento de mi padre acompañando a mi madre, me echaba de allí diciéndome que «era el espía de la familia, y que contaba después su santa vida y me burlaba de ella con los herejes de mis amigos.» Si me estaba solo en mi aposento, venía a sacarme de él diciéndome «que era un descastado, que nada quería con los míos 1.»

1 *Recuerdos del tiempo viejo*, t II, pág. 53.

Algo, sin embargo, debió distraerle de tan malos ratos, si, como parece probable, se inició entonces un episodio amoroso que había de continuarse en las vacaciones de 1835. Catalina se llamaba la mujer que entonces atrajo su atención, de la cual consta que era «la moza más garrida que por entonces vivía en Lerma»¹ y que despertó el más vehemente de cuantos amores germinaron en los juveniles años del poeta. A ella se refiere cuando, explicando los impulsos de gloria que le condujeron a Madrid, revela en las siguientes palabras los sentimientos de su corazón: «Llevaba yo en éste dos afanes y dos esperanzas, que en un solo afán y en una esperanza sola se confundían: mi primer amor a una mujer, y la esperanza de conseguirla, y el amor a mi padre y la esperanza de sepultar su enojo bajo una montaña de laureles. Soñaba yo con una fama y una gloria tales, que obligaran a aquella mujer y a mi padre a tenderme sus brazos a un tiempo, asombrados y deslumbrados por el resplandor de mi nombradía.»

Mas ¡ay! que Catalina debió de ser poco sensible a las palabras del poeta. Si en un principio correspondió, como parece, a su demanda amorosa, bien pronto arrojó sobre el fuego de su pasión la nieve del olvido. En Octubre de 1835 ya publicaba Zorrilla en *El Artista* una poesía a la que pertenecen las siguientes estrofas:

Yo adoro la hermosura
de angélica doncella encantadora,
bella como la aurora,
como las flores pura.

En su labio risueño
yo contemplo mi amor con ufanía;
ella me amaba un día,
yo la llamé mi dueño.

Reclinado en su seno
yo sentía su mano dulcemente
resbalar por mi frente,
de orgullo el pecho lleno.

Y la impresión ligera
sentí que por mi sien acalorada
hacía perfumada
su rubia cabellera.

Y oí su juramento,
que enlazando su mano con la mía,
mil veces repetía
con cariñoso acento.

¹ *Recuerdos*, t. I, pag. 194.

Y esa su voz más grata
que del aroma la odorante nube
que en la mezquita sube
del pebete de plata.

¡Ah! que ella fué mi orgullo,
y yo la amé porque era más hermosa
que de temprana rosa
el naciente capullo.

.....
¡Alma mía! yo te amaba
y en amarte me gozaba,
y halagabas tú mi amor.
¿Qué te hice, ¡oh mi querida!
que así condenas mi vida
a la rabia del dolor?

¡Ay! mis días se pasaron
y un recuerdo me dejaron
cual de un sueño;
cual de un sueño de delicias
que formaron tus caricias
¡oh mi dueño!

Quando apenas vi en mal hora
tu belleza seductora
¡si muriera, oh Catalina...!
Viera entonces derramada
esa copa emponzoñada
que la suerte me destina.

Que entre el lúgubre reposo
del sepulcro silencioso,
no se agita
esa sombra que nos ciega
y abandona cuando llega
nuestra cuita.

Quando vi tus labios rojos,
cuando vi tan bellos ojos,
tantas gracias, ¡prenda mía!
sentí un amor tan profundo
que un arcángel en el mundo
de ternura te creía.

¡Insensato! me engañaba;
un espíritu adoraba
en mi delirio;
no vi entonces, ciego amante,
en tu mágico semblante
mi martirio.

El enamorado mancebo no se consoló tan fácilmente de la ingratitude de Catalina. Todavía en Febrero de 1836 insertaba en *El Artista* otra composición titulada *Amor del Poeta*—no superior a la que pudiera escribir cualquiera mozalbete de su edad—, donde se abandonaba desgarradoramente a la desesperación:

¡Catalina! encantadora
 más que la lánguida brisa
 de la aurora,
 más que del ángel del sueño
 la pacífica sonrisa,
 ¡dulce dueño!

Cuando en tu tranquilo seno
 reclinada mi cabeza,
 ese tu rostro sereno,
 esa mágica belleza
 contemplaba,
 de un espíritu la vida,
 todo un cielo, mi querida,
 orgulloso no envidiaba.

.....
 Mas tú, Catalina, como eres de bella,
 así veleidosa te precias de ser,
 deslumbras el alma, fantástica estrella,
 y pasas cual aura de vago placer.

Plugiérate un tiempo ¡feliz! prenda mía,
 en medio la noche mis versos oír;
 entonces tu labio falaz me refa,
 gozabas traidora de verme morir.

Y tú me jurabas de allí a eternamente
 un inextinguible volcánico amor,
 tu mano pásabas en torno a mi frente...
 la frente, decías de tu Trovador ¹.

Solo, con la luna, bajo tu ventana
 mil veces por verte contento esperé.
 ¡Ay! ¿por qué si entonces me amabas, tirana,
 me esquivas ahora? Responde, ¿por qué?

.....
 Que sólo me escucha el viento,
 y con bramido violento
 arrebatada al firmamento
 mi dolorida canción.

¡Catalina!... tú, serena,
 de llanto y de amor ajena,
 ni oirás mi cantilena,
 ni sentirás mi pasión.

¹ Así en *El Artista*.

Y tal vez en tu ventana,
ceñida la sien de flores,
verás nuevos amadores
venir de tierra lejana.

Y en cansado palafrén,
mal vestido el roto acero,
vendrá algún aventurero
a darte obsequio también.

Mientras yo, el primer amante,
en esta arena distante
lloro mi bella inconstante,
lloro mi olvidado amor.

Tus caricias... ¡que pasaron
como cierzos que bramaron,
como soles que secaron
una solitaria flor!

¡Que el eterno llanto mío
mi rostro ardoroso oprima!
¡Que riegue en extraño clima
algún sepulcro sombrío!

Y fué más allá el amor de Zorrilla. En el momento solemne de leer ante la tumba de Larra los versos que le franquearon las puertas de la fama, cuando la emoción veló sus palabras y Roca de Togores continuó la interrumpida lectura, él pensaba en sus padres y en su amada. «Mientras mi pañuelo cubría mis ojos—escribe en los *Recuerdos*—, mi espíritu había ido a llamar a las puertas de una casa de Lerma, donde ya no estaban mis perseguidos padres, y a los cristales de la ventana de una alquería escondida entre verdes olmos, en donde ya no estaba tampoco la que ya me había vendido.»

Ahora dígame si la pobre Gumis, la de Arroyo de Muñó, no tenía razón para llorar a orilla del Arlanzón la infidelidad de su primo.

Y si el lector tiene, que sí tendrá, curiosidad por saber quién fué esta mujer que con tanto ardor encendió el pecho del poeta, le diré—ya que la fortuna me haya favorecido en mis averiguaciones—que fué doña Catalina Benito Reoyo, cuyo padre, don Lorenzo, vivía en Lerma como contratista de carreteras. Personas que conocieron a doña Catalina ya de edad avanzada, afirman que Zorrilla habría tenido razón de sobra para decir que era «una moza garrida»¹.

¹ Doña Catalina nació en Lerma en 1814. Tenía, por tanto, tres años más que Zorrilla. Eran sus padres don Lorenzo Benito, natural de Frómista, y doña Inocencia Reoyo, natural de los Ausines. Murió en Lerma, en 13 de Mayo de 1868.

Restablecido su padre, Zorrilla regresó a Valladolid, donde llegó el día 19 de Febrero (1835). Al siguiente día le acaeció un fúnebre incidente, que puede verse referido en los *Recuerdos del tiempo viejo* (t. II, pág. 51), y que contribuyó, como él mismo dice, a arrastrarle por la galería de *espectros* y sombras ensangrentadas de que sus libros están llenos. Con objeto de visitar a un buen amigo suyo, D. Feliciano Barrio, encaminóse a la *casa del Cordón*—más tarde manicomio, en la calle de Herradores—, donde aquel señor vivía. Como tenía confianza y encontró la puerta abierta, entróse adelante, sin que ningún individuo de la familia le saliera al paso; y cuando, convencido de que le preparaban una broma, alzó la cortina de uno de los aposentos, se encontró de cuerpo presente, y amortajado con hábito de San Francisco, al propio D. Feliciano, que había muerto unas horas antes.

NARCISO ALONSO CORTÉS

Letanía profana

*Al inmortal poeta José Zorrilla,
en el centenario de su nacimiento.*

Con el corazón henchido de devociones, quiero
ensartar a tu memoria un rosario de biende-
cires, un florilegio de alabanzas, una letanía
de entusiasmos, que circunden tu nombre de luz.

Espejo
de
las musas

¡Oh lírico inmenso, mago divino, rimador sobre-
humano de sublime inspiración, vayan a ti mis pen-
samientos, en un vuelo de columbinas alburas, en
lluvia triunfal de rosas, mirtos y laureles.

Poeta
de poetas

Por tus versos—rayos del sol de España—donde
late el alma del pueblo; por tu lira—hecha de estre-
llas de las noches castellanas—que dejó en la poesía
ibérica una ráfaga de luz deslumbrante y eterna,
¡Gloria a ti!

Encantador
de
sultanas

Por tus risas resonantes, cual júbilo de zambra;
por el ritmo seductor de tu morisco plectro; por
inmortalizar los palacios granadinos; por tus can-
ciones al Darro y al Genil, y tus *Kasidas* a la bella
Zoraida, de ojos como gumías y mejillas de azahar,
¡Gloria a ti!

Ruiseñor
de
la Alhambra

Por tus *Orientales*, que resuenan en mi oído cual
cascos armoniosos de corceles arábigos; por tus
brillantes versos, como hojas de alfanjes damas-
quinos; por tu *Granada*, donde cantas las cristalinas
fuentes y los verdes arrayanes de sus jardines, pudo
premiarte un Califa, en los certámenes de Ocadh,
con cien dinares de oro, un nervioso caballo, una
linda esclava y el título de príncipe...

Por tu divina guzla,
¡Gloria a ti!

Músico
milagroso

Por la extraña orquestación de tus alejandrinos;
por la épica musicalidad de tus sencillos romances;
por la cadencia heroica de tus leyendas, que evocan
en mí nuestros pretéritos triunfos,

¡Gloria a ti!

Trovador
de
trovadores

Por haber rimado las viejas tradiciones del tiempo
medieval; por tus estrofas áureas, en que vibran
las novas, albas y serventés de aquellos galantes
troveros, que espada al cinto y laúd al brazo, can-
taban bajo el pórtico de un convento o al pie de la
torre del homenaje de un castillo feudal; porque tu
numen voló por los cielos de Castilla con alas de
águila,

¡Gloria a ti!

Vate
glorioso

Porque resucitaste la visión de la raza; la legen-
daria sombra de Mio Cid; aquel viril guerrero de
gesto alfivo, que, «polvo, sudor y hierro», cruzara,
en luengos días, las dilatadas tierras castellanas,

¡Gloria a ti!

Bardo
sublime

Porque tu excelsa fantasía recoge toda nuestra historia, porque loaste las proezas de nuestra estirpe, de alma cristiana y musulmíca; porque en tus versos de oro se oyen la campana y la voz del moezzin; monásticas salmodias y suras del Profeta; porque tu lira es España: la media luna y la cruz,
¡Gloria a tí!

Fuente
de
Poesía

Porque en tus canciones mágicas palpita recia- mente el corazón patrio, las gestas, el mester de juglaría, el alma popular, todo lo que hace que tu poesía sea eterna; porque tus versos—rayos del sol de España—tienen la armonía celeste; porque tu lira—hecha de estrellas de las noches castellanas—dejó en la poesía nacional una llamarada deslum- brante de gloria,

¡Gloria a tí!.

Pero... ¡ay! ya hace tiempo que las armónicas cuerdas de tu lira duermen, y el alma nacional duerme en ellas también...

JACULATORIA

Poeta, que tu recuerdo glorioso la despierte.
Amén...

ZACARÍAS YLERA,

19-II-1917.

Autógrafo de Zorrilla

*Oh Dios marco mis horas; mi alma que está ábital
tras mí la muerte siento, mi tumba está ya abierta
mis fuerzas amquita la trémula vejez;
mi inteligencia ofusca su ceriseon incierta,
franqueada ya me tiene la eternidad su puerta,
y estais mi voz oyendo por la postrera vez*

José Zorrilla

(Madrid - mayo 30 - 89)

El estreno del "Tenorio,"

A mediados del siglo XIX, el *Diario de Madrid* era en la Corte el periódico dedicado principalmente a la publicación de las noticias oficiales de España. Ajeno a las contiendas y discusiones políticas, literarias y religiosas, que tanto preocupaban a nuestros antepasados, y que fueron origen de tantas disputas estériles y controversias baldías, daba la nota de la imparcialidad, o mejor de la neutralidad más estricta. En las dos páginas en folio que formaban su texto, sólo se encuentran noticias y anuncios de carácter oficial y particular, tímidamente mezcladas con alguna cándida gacetilla, sin intención ni alcance, y algún folletín de lo más inocente que puede escribirse: por ejemplo, la vida de Robinsón Crusé, la biografía de alguna antigua figura literaria, religiosa o histórica, o la novela del mismo Robinsón «en las arenas del desierto africano».

No supongamos que su lectura resulte menos entretenida y amena, aunque sí no tan instructiva y educadora, que la de los actuales diarios, con sus minuciosas y rápidas informaciones acerca de cuanto sucede en el orbe. Hay un cierto e indefinible encanto en la brevedad y discreción en que se da cuenta de los postreros instantes del reo, ajusticiado en las afueras de la Puerta de Toledo, verbí gratia, o en el sucinto relato que se hace de la llegada a la capital de tal o cual personaje «indígena» o extranjero, del último crimen cometido, o de la reciente disposición para que las calles se desembaracen de escombros o se limpien de basuras, que no tienen los trabajos de igual naturaleza, debidos a los activos y diligentes *reporters* modernos.

Con las curiosidades recogidas de las columnas de aquel diario, cuya lectura parece transportarnos por arte de magia a un mundo desconocido y a una edad remotísima, podrían componerse muchos artículos. A dicha categoría de curiosidades, sin transcendencia ni valor intrínseco alguno, pertenecen las que a continuación se trasladan, referentes al tema que sirve de epígrafe al presente escrito, redactado sin más pretensiones que la de ofrecer a los cultos lectores de la REVISTA CASTELLANA, en el primer centenario del nacimiento del insigne don José Zorrilla, algunas circunstancias desconocidas u olvidadas hoy, que precedieron y siguieron al estreno de la más popular de sus obras dramáticas, y que—quizá equivocadamente—pensamos que merecen ser reproducidas.

En el número 142 del mencionado *Diario*, correspondiente al jueves 21 de marzo de 1844, día de San Benito Abad, conforme se indica en él bajo el título, en la sección nominada «Diversiones Públicas», se hallan los anuncios de los espectáculos que en los teatros madrileños habían de darse aquella noche. Al llegar al *Teatro de la Cruz*, uno de

los más importantes entonces ¹, que es el primero cuyo cartel se publica, y dar cuenta de que la función que había de representarse sería la comedia en tres actos y en verso *También en amor se acierta*, cuyo autor no se cita—y nosotros no lo sabemos,—aunque, en cambio, se advierte al público, sin duda para que los mogigatos no se espantaran, que «esta comedia se recomienda por la sencillez de su argumento cómicamente desenvuelto, por la moralidad, y por la facilidad de su versificación», se incluye la que textualmente copiamos.

«Nota.—Se está ensayando, para ejecutarse a la mayor brevedad, a beneficio del primer actor don Carlos Latorre, el drama religioso fantástico, dividido en dos partes, compuestas en siete actos, de don José Zorrilla, y cuyo título es

Don Juan Tenorio,,

Por este aviso, repetido sin variante en los números 143, 144 y 145, aparecidos los días 22, 23 y 24 de Marzo, puede venirse en conocimiento de la fecha en que terminó y entregó a la empresa el manuscrito de su popularísimo drama, el bondadoso y simpático poeta vallisoletano. A ese anuncio, ya en el número 146, del lunes 25, se agrega una coletilla que también nos sirve para conocer exactamente cuál era entonces en Madrid el domicilio del vate. El aditamento, sin quitar ni poner coma, reza así:

«Las personas que quieran adquirir billetes con anticipación, podrán dirigirse al domicilio del interesado, Príncipe, número 15, cuarto tercero, derecha» ².

Como Zorrilla en aquellos años era ya un autor dramático consagrado, según hoy decimos, por el público madrileño, pues entre otras tenía estrenadas con éxito las producciones representables *El molino de Guadalajara*, *La copa de marfil*, *Sancho García* y las dos partes de *El Zapatero y el Rey* ³, y el anuncio de la nueva obra suya segu-

1 El *Teatro de la Cruz* estaba en la calle que actualmente lleva este último nombre. En el bando del Corregidor, publicado en Mayo de 1844, disponiendo por dónde habían de marchar los carruajes que se dirigieran a dicho Coliseo, nótase que la calle de la Cruz tiene su entrada por la calle de Zayas, «antiguamente Carrera de San Jerónimo». No serán muchos ya los que recuerden el cambio de nombre sufrido por una de las vías más transitadas de Madrid, que continúa llamándose Carrera de San Jerónimo.

2 Convertir en despacho de billetes la vivienda del autor de una obra teatral, sólo es hoy costumbre—excepcional, si se quiere,—cuando se trata de una función benéfica. Y el caso es que nota análoga no volvemos a hallar en los seis o siete años que de la colección del *Diario* hemos revistado.

La calle del Príncipe está—no era necesario advertirlo,—a espaldas de la de la Cruz.

3 Duran: lo que del año 1844 iba transcurrido, la compañía del «Teatro de la Cruz» había representado de Zorrilla: los días 12 y 23 de Marzo, *Sofronía*, «aplaudida tragedia en un acto y en verso, no representada desde el año pasado», según los sueltos de Contaduría; el 4 de Enero, *El puñal del godo*, en un acto también, y el 3 de Marzo, *Sancho García*, «muy aplaudida composición trágica, en tres actos y en verso, que se representará con todo el aparato que le corresponde», advertiéndose en los carteles. El 10 de Mayo se puso por vez primera en escena *La copa de marfil*, tragedia en tres actos y en verso, no bien recibida por el público y muy discutida por la crítica. Conforme

ramente despertaría la curiosidad de las gentes la dirección artística del «Teatro de la Cruz», acelerando los ensayos del *Tenorio*, se apresuró a participar en el número 147 del *Diario*, a la vez que su propósito de dar en función extraordinaria, una «dedicada a SS. MM, y A. por el Exmo. Ayuntamiento Constitucional de esta H. V. con motivo de la feliz llegada de S. M. doña María Cristina de Borbón»¹, que todo se encontraba dispuesto «para mañana miércoles 27 de Marzo de 1844, a las siete y media de la noche, a beneficio del primer actor Don Carlos Latorre», verificarse «la ejecución, por primera vez», del drama de Don Jose Zorrilla, «bajo el título de *Don Juan Tenorio*».

A este aviso sigue la gacetilla que copiamos íntegra², mezcla de lo que hoy llamamos suelto de contaduría, y de explicación semi-crítica de la obra, en la que acaso, para aclarar algún concepto, interviniese la pluma del autor excelso.

«Este drama, *escrito para ser puesto en escena en la presente Cuaresma*,³ encierra un pensamiento hondamente religioso, y su argumento está basado sobre las sólidas creencias de la fe católica. El personaje de Don Juan Tenorio, demasiado conocido para que sea necesario adelantar sobre él explicación alguna, puesto que siglos hace está siendo el héroe de muchos poemas, dramas y leyendas, que llevan a su frente nombres de justa y colosal reputación.—El público de Madrid acaba de verlo no hace muchos días⁴ en este mismo

el cronista del periódico *El Dómine Lucas* afirmaba, «compadecemos á los que han censurado *La copa de marfil*, como indigna de alternar con las demás obras del mismo autor». En Noviembre y Diciembre fueron representados varias veces *El zapatero y el Rey* y *Don Pedro el Cruel*. Ya a mayo de 1845 corresponde el gran éxito que obtuvo el estreno de *El Alcalde Ronquillo*, admiración de propios y extraños «porque en él no trabajaba mujer alguna.»

1 De los festejos con que celebró la villa y corte ese dichoso arribo, se ofrece breve reseña en el folletín del número 149. Redujéronse a funciones de gala en los teatros principales, a iluminaciones «con quinqués de gas» en los edificios oficiales y en algunos particulares, y a letreros encomiásticos de la reina, en versos pedestres, empedrados de epitetos altisonantes y rellenos de ripios vulgares. En los balcones del Ministerio de Hacienda púsose un cartel, o más bien un gigantesco transparente, con el siguiente pareado:

«¡Vuelve, Reina Inmortal, y haz que Isabela
las huellas siga de su ilustre abuela!»

Isabel II había sido proclamada mayor de edad.

2 Que también puede leerse, aunque incompleta, en los números 3484, 3485 y 3486, en la sección «Teatros», de la *Gaceta de Madrid*, correspondientes al mes de Marzo de 1844.

3 «Escrito para ser representado durante la Cuaresma», por lo que tiene de religioso, y por lo que tiene de ejemplar el final arrepentimiento del héroe, sin duda. A pesar de ello, y contra el pensamiento o intento del autor, el *Tenorio* es antigua costumbre que se represente por la fiesta de Todos los Santos. ¿Porque toda la parte segunda se supone ocurrida en un cementerio? La razón no parece muy convincente; pero el hecho es así.

4 En efecto, la compañía de Latorre había puesto semanas antes en escena *El Convidado de Piedra* o *El Burlador de Sevilla* del maestro Tirso de Molina, refundido—y no con acierto—por Antonio de Solís. En el anuncio de la representación dada el 19 de Febrero de 1844, se hace constar que será presentado el drama, «exornado en todo su aparato teatral».

»Teatro, aunque más vagamente dibujado que en el gran cuadro en que le presenta hoy el señor Zorrilla.—El inmoral libertinaje y la incrédula osadía de Don Juan, están pintados con colores tan vivos, cuanto necesarios son para el desarrollo del pensamiento fundamental, y más necesarios aún para atraer sobre el protagonista la justicia y la misericordia del Cielo: pues si los desórdenes y vicios de la vida de Don Juan, fueran vicios y desórdenes regulares, y su nobleza y caballerosidad no igualasen en grandeza a sus vicios y libertinaje, quedarían harto mal justificadas la cólera y la misericordia del Supremo Juez, que, al castigar airado sus crímenes, admite benigno su contrición.—La pasión del amor está empleada en esta obra, del modo más puro y más sublime: pues esta pasión, cuya grosera territorialidad arrastra a Don Juan hasta las puertas del Infierno, despojada de su impureza y elevada al más celestial espiritualismo ¹, abre a Don Juan las puertas del paraíso.—En cuanto a su desempeño, el autor ha querido llevarlo a cabo con el mayor esmero y conciencia. La versificación excede en lo general a la de cuantas obras ha presentado hasta el día.—La empresa no ha perdonado medio para presentar esta obra con el aparato y esmero que requiere.—Terminará la función con Boleras Jaleadas sobre un tema de la ópera *Il Furioso*.

Porque la obra, dada la especial índole de su asunto, lo necesitara, o porque la empresa temiese que el público la rechazara por no entenderla, o porque el autor reclamara la necesidad de dar a las gentes una explicación previa del pensamiento de aquélla, lo cierto es que la nota rompe una tradición observada siempre por los empresarios de la época: la de no revelar el nombre del autor de la obra, respetando el justo deseo de éste, hasta conocer el fallo del llamado entonces «monstruo de cien cabezas»; y no anticipando noticia del asunto y tendencia de la misma. A su primitivo cauce volvió a seguida la costumbre, por que en el anuncio del estreno del discutido y celebrado drama en cuatro actos y en verso, *Españoles sobre todo*, de Eusebio Asquerino, que tras de el *Tenorio* se estuvo representando muchas noches en el citado coliseo de la Cruz, no se dió cuenta del nombre del autor hasta que lo reclamó el público, y aconteció igual con la tragedia, también en cuatro actos y en verso, de la entonces señorita Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Alfonso Munio*, poco después representada en dicho teatro, no obstante haber sido una de las concepciones dramáticas que más dieron que hablar antes y después de su estreno, conforme puede verse hasta en la propia *Gaceta de Madrid*, donde «por excepción» y «por merecerlo el valor especial de la tragedia», según se lee en uno de los números de este año de 1844, se dedica a su examen un artículo que ocupa en el periódico oficial columna y media de letra muy menuda.

¹ A ese espiritualismo y pureza aludió luego Don José Zorrilla en sus bellísimos *Recuerdos del tiempo viejo* (Barcelona, 1880), cuando habla de que el único mérito que reconoce en su *Don Juan Tenorio* es el haber hecho cristiana la figura de doña Inés de Ulloa.

Estrenóse el drama de Zorrilla; mas el *Diario* nada dijo del resultado de su estreno. Dos días mantúvose en los carteles del Teatro de la Cruz: el jueves 28 y el sábado 30 del indicado mes, porque el viernes 29 no hubo función en dicho coliseo. El 31 de Marzo, domingo de Ramos aquel año, suspendiéronse los espectáculos públicos; y reanudados pasada la Semana Mayor, el domingo 7 de Abril pónese de nuevo en escena, en función comenzada a las siete y media de la noche. En el aviso inserto en la *Gaceta*, «se volverá—léese—a ejecutar el *muy aplaudido* drama», etc. En el inserto en el *Diario* sólo dice: «*Don Juan Tenorio*. Drama fantástico, religioso y en verso. Su autor: Don José Zorrilla». En cambio, por vez primera se expresa el nombre de los actores que lo representarían. La relación de ellos, textualmente, es así:

«*Actores en el drama*. Señoras Lamadrid (Bárbara), Flores, Tavela, Sampelayo, Lapuerta, Ibáñez. Señores Latorre, Alverá, Lumbreras, López, Aznar, Caltañazor (Don Vicente), Torroba, Carceller, Flores, Fernández, García, Spuntoni, Rada, Caltañazor (Don Hermenegildo), Lamadrid»¹.

Prosiguieron las representaciones del *Tenorio*, el lunes 8, el martes 9, el miércoles 10 y el jueves 11 del mencionado mes, además de la que hubo de darse el 15, que fué lunes. La temporada teatral concluyó a los pocos días en el teatro de la Cruz; pero continuada con la misma compañía dirigida por Latorre en el teatro del Príncipe, hoy teatro Español, en el número 238 del *Diario* hallamos otra vez que «el martes 25 de Junio de 1844, se pondrá en escena el drama fantástico, religioso, en verso, *Don Juan Tenorio*»; función repetida al siguiente día 26, por la noche. Todavía en este año, Latorre, en el Príncipe, dió otra representación del *Don Juan*, en la función de tarde correspondiente al día 1.º de Noviembre².

El *Tenorio* deja desde entonces de aparecer en las carteleras de los teatros madrileños. Ni una sola vez torna la gallarda figura del impenitente calavera a pisar las tablas de nuestros escenarios, durante los años de 1845 a 1849, en el que la censura dió el visto bueno al manuscrito del drama para que pudiera representarse sin impedimento alguno, cuando ya hacía tiempo que lo conocía impreso medio mundo. ¿Por-

¹ A continuación del *Reparto*, se lee: «*Aviso*. Este drama, impreso, se halla de venta en las librerías de Cuesta, calle Mayor, y de Ríos, calle de Carretas».

² En el *Reparto* que el *Diario* publica, no hay más diferencia con respecto al que queda transcrito, que el insignificante cambio del papel que se habla encomendado al actor García, ahora representado por uno apellidado Mazo. Por cierto que, aunque nada tenga que ver con el asunto de que estamos ocupándonos, no queremos dejar en el tintero, porque consideramos curioso recordarlo, el detalle de que asistí aquellos días a un teatro de la categoría de el *Español*, valía bñea pequeño desembolso, sobre todo si los precios de las localidades se comparan con lo que hoy cuestan. Un palco *principal*, «cuarenta y nueve reales y seis maravedises»; una luneta o butaca *principal*, un sillón de galería o una delantera de palco, «ocho reales y ocho maravedises»; una luneta de patio o una delantera de tertulia, hoy anfiteatro principal, «seis reales»... Y esto para función de tarde, que tenían elevación las tarifas porque era cuando contaban las empresas con el lleno seguro, que para las de la noche el precio de las localidades era poco más de la mitad de las cifras copiadas.

que no había sido del agrado del público? En modo alguno, como inmediatamente veremos, y como puede afirmarse por algunas de las palabras copiadas antes. ¿Por falta de actores que sirvieran para desempeñar airoosamente el difícil papel de protagonista? Seguramente. La grave enfermedad padecida por Latorre el año 1845, causa de que la compañía por él acaudillada hiciese en la Corte aquella temporada una campaña sin relieve; el trasladarse dicho actor a provincias cuando se repuso de su mal, y el temor de los actores de alguna valfa de desmerecer a los ojos de los que vieron a Latorre hacer el *Don Juan*, quien, según opinión unánime, lo representaba a las mil maravillas porque encajaba el papel perfectamente en sus facultades, al extremo de no faltar quien haya escrito que el inmortal Zorrilla compuso el *Tenorio* pensando en Latorre, influirían no poco en el extraño hecho notado.

Pero cualquiera fuese el motivo que lo determinase—que no entra en nuestro propósito indagarlo—, lo singular, lo inexplicable mejor dicho, es que la mayoría de los periódicos de la Corte, contra su tradicional costumbre, no diesen cuenta del resultado del estreno del hermoso drama de Zorrilla ¹. Nos referimos a los diarios de mayor reputación y lectura en la época aquella, como el *Diario de Madrid*, *El Espectador*, *El Español* y *El Tiempo*. Bien es verdad que por lo que hace a *El Tiempo* y a *El Espectador*, que eran los más populares por las ideas políticas que defendían, mal podían ocuparse del estreno del *Tenorio*, cuando habían dejado de publicarse precisamente desde el mes de Febrero al de Mayo de 1844 ². Sin embargo, aun siendo sensi-

1 Los diarios y revistas de aquellos años que nosotros hemos ojeado, *El Espectador*, *El Castellano*, *El Tiempo* y *El Español*, aparte los mencionados el *Diario de Madrid* y la *Gaceta*, y la *Gaceta de Teatros* y el *Semanario pintoresco Español*. Claro es que todos los que entonces se publicaban no hemos logrado verlos: así *La Esperanza*, que no cultivaba mucho la crítica de los teatros, *El Popular*, *La Patria*, y otros, de vida efímera algunos de ellos. En los números 928 y 1037 de *El Espectador*, correspondientes a los días 26 de Junio y 1.º de Noviembre del año 1844, se anuncia la representación en el Teatro del Príncipe, del drama en dos partes y siete actos titulado *Don Juan Tenorio*, mas no se expresa el nombre del autor.

2 A consecuencia de la siguiente orden, que ambos periódicos insertaron a la cabeza de sus respectivos números, en tipos de imprenta nada reducidos, y que, como otra curiosidad, nos permitimos reproducir, aun incurriendo en el enojo del lector que fundadamente opine que estamos robando a la *Revista Castellana* el espacio que necesita para ocuparse en este número de temas referentes al gran Don José Zorrilla, mucho más interesantes que las minucias que recogemos nosotros.

• *Ministerio de la Guerra*.—Excmo. Sr.: S. M. (Q. D. G.) se ha enterado con satisfacción de la lealtad con que se han conducido en la noche del 29 al 30 del mes próximo pasado, el comandante de armas y los milicianos nacionales de Alcoy. Con arreglo a lo prevenido a V. S. de su Real orden en 1.º del corriente, *Quiere S. M.* que los revoltosos que han sido aprendidos en la tentativa abortada en Alcoy, *Sean pasados por las Armas*, identificadas sus personas, como autores de la tentativa.—De haberse cumplido así sin contemplación ni miramiento de ninguna especie, me dará vuestra señoría parte para conocimiento de S. M., sin que V. S. se detenga por temor a las represalias con que pudieran amenazar los sublevados de Alicante, pues si bien S. M. verá con dolor las víctimas que el furor de los rebeldes pueda sacrificar, pesa más en su Real ánimo la necesidad absoluta de que la ley y la vindicta pública sean

ble que las circunstancias por que atravesaba España en tal período de sublevaciones militares, motines, algaradas y movimientos revolucionarios y sediciosos casi diarios, nos hayan privado de conocer el juicio que los críticos de los referidos periódicos formaran de la obra a que venimos refiriéndonos, por el que consta en varias de las revistas literarias o políticas que en Madrid en aquellos días turbulentos aparecían con igual facilidad con que desaparecían, nos persuadimos de la certeza de dos extremos que conviene hacer notar, porque algunos sostienen hoy lo contrario, apoyándose sin duda en el poco aprecio que de su composición escénica hizo el inmortal Zorrilla. Primero: que el estreno del *Don Juan Tenorio* fué para su autor un éxito. Segundo: que si pasado el año 1844 no volvió a ponerse en escena hasta algunos años después de su estreno, fué por falta de un actor con aptitudes que se determinase a desempeñar el papel principal de la obra.

Veamos cómo se expresa el crítico anónimo—probablemente Antonio Flores,—encargado en *El Laberinto*¹ de las «Revistas de la Quin-

«una verdad, segura de que la poca sangre vertida antes de que se enconen las contiendas civiles, ahorra mucha para después, y porque también exige la patria que a aquel a quien por su desgracia o por su incuria, toque la malaventurada suerte de ser víctima, sepa resignarse a serlo cuando por ello resulte un bien a la causa pública.—De su Real orden lo digo a V. E. para su cumplimiento y efectos consiguientes. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 3 de Febrero de 1844 —Mazarredo».

El Espectador, en el número 882 del jueves 8 de Febrero, comentaba de esta suerte la anterior disposición: «A los españoles. Nuestros lectores observarán por la Real orden circular a los jefes políticos que publica la *Gaceta de Madrid* ayer, y hoy nosotros, que ha desaparecido la garantía que la Constitución nos daba para emitir libremente, nuestras opiniones, con sujeción a las leyes. Sustituidas éstas con la caprichosa voluntad de un Capitán general, es muy difícil que continuáramos en nuestras tareas sin ofrecer en los primeros momentos víctimas donde saciarse pudiera la sanguinaria sed de venganza. Enérgicos como hemos sido hasta hoy, fuéramos temerarios en lo sucesivo si nos decidiéramos a sostener rudo combate contra la fuerza bruta, sin más armas de nuestra parte que las ténues y débiles plumas y la razón ahogada por las violencias de la arbitrariedad.—Suspendamos, pues, nuestras tareas, todo el tiempo que dure el estado excepcional, y mientras el capricho de un Capitán general sea suficiente a calificarnos de *factores directos o indirectos de la rebelión*; pero no soltamos la pluma sin protestar ante el país todo, contra tantas ilegalidades, que no pueden hallar la más leve disculpa ni fundado motivo de su adopción.»

Con la subida al poder del general Narváez y caída del gabinete que presidía González Bravo, reanudaron su publicación los diarios suspensos, el 4 de Mayo de 1844.

1 *El Laberinto*. Periódico Universal. Número 12. Tomo I. Madrid, Martes 16 de Abril de 1844. Director: Antonio Flores. Editor propietario: Ignacio Boix.

La circunstancia de haber dejado de escribir desde dicho número la Revista de la Quincena el poeta leonés Enrique Gil y Carrasco, a cuyo cargo había corrido desde el número primero, nos ha privado de tener una crítica del *Tenorio* compuesta por el malogrado vate. Al sustituirle Flores hace en la mencionada Revista un sincero elogio de Gil, que había partido para Alemania. Por cierto que dos números antes, o sea en el 10 del sábado 16 de Marzo, aparece firmada por Antonio Ferrer del Río una breve biografía de Don José Zorrilla. Acompaña a un retrato de nuestra autor, de medio cuerpo para arriba: aunque el grabado no es muy excelente, es bastante para suponer cómo era Zorrilla entonces. Se alude en ella al *Don Juan Tenorio*, «drama que ha de representarse en breve, que ornará sin duda con nuevos lauros la coronada frente del poeta»; se refiere su estancia durante seis años en el Seminario de Nobles

cena». Ha de ser la cita algo extensa; pero en cambio, opinamos que del agrado de quien la lea, por las particularidades que contiene respecto a la *mise en escene* con que fué estrenado el *Tenorio*, a la interpretación que dieron los cómicos a los papeles de que se encargaron, y al efecto que la obra causó en los que lo presenciaron.

«Teatro de la Cruz.—*Don Juan Tenorio*. Drama religioso fantástico, en dos partes y en verso, por Don José Zorrilla.

«Dos cosas hay que no entendemos en este título con que se ha impreso la nueva producción del fecundo Zorrilla. La primera es la división en dos partes. La verdad es que los cuatro primeros actos pasan en una sola noche, y los tres restantes cinco años después y en otra noche; pero todos siete pertenecen a una sola acción única e indivisible, como lo prueba el que la primera no queda completamente terminada y el que ni la una ni la otra pueden ser representadas separadamente. No hay, pues, división natural entre los dos grupos de actos, ni éstos es lo que comunmente se acostumbra a llamar *partes* en las composiciones dramáticas.

«Se dice, pues, sin exactitud del *Don Juan Tenorio*, lo que se ha dicho de *El zapatero y el Rey*, de *Miguel y Cristina*, etc. En éstas, como en algunas obras de nuestros autores antiguos, hay dos dramas completos que se refieren a un mismo asunto. La calificación de religioso no nos parece tampoco exacta. Las razones que se aleguen para justificarla, habrán de ser un poco violentas, y con otras de igual naturaleza se podría autorizar el título de *Drama moral*, *drama filosófico*, etc.

«Hechos de paso estos reparos de poca importancia, diremos con la brevedad a que nos obliga la escasez del tiempo y del espacio, nuestro parecer sobre el mérito literario e intención del drama. No atinamos qué objeto se habrá propuesto el señor Zorrilla, al elegir un asunto tratado por otras plumas con vario suceso. El personaje del burlador de Sevilla, a semejanza del héroe manchego, ha venido ya a retratarse de tal manera en la mente del público, es su carácter tan extraordinario y excepcional, que se corre gran riesgo en tratar de alterarle lo más mínimo, aun cuando sea con el necesario acierto.

de Madrid, y su salida de él el año 1833; y se da razón de su ida a Toledo para cursar Leyes, de su permanencia en la imperial ciudad, «a cargo de un parlante suyo prebendado en aquella Santa Iglesia», a quien disgustaba mucho «porque no iba a comer a las doce en punto, porque no le acompañaba a paseo, llevándole el paraguas o el breviario, porque no vestía las hopalandas, y porque por su larga melena y algunas cancioncillas de mala muerte que por entonces compuso, hacía que la gente sensata le tachase de loco o de calavera»; de su regreso a Torquemada, al lado de sus padres; de su permanencia en Valladolid; del castigo que el autor de sus días le impuso, «de vestir paño burdo, de cavar sus viñas y de arar sus propias tierras»; de su fuga antes de llegar al mencionado pueblo, «montando en una yegua que pacía en el campo, propiedad de un primo suyo»; de su llegada a Madrid, donde pudo, no sin trabajo, logró despistar a los amigos de su padre que le buscaban por encargo del mismo «con el auxilio de su poblada melena y de unas gafas verdes que desfiguraban mucho su juvenil rostro»; y sus apuros para vivir sin recursos en Madrid, hasta que se dió a conocer como poeta el 15 de Febrero de 1837, en el entierro de Larra.

»Tal vez de aquí procede especialmente, que el drama del señor Zorrilla fuese recibido con más frialdad de la que a nuestro entender merecían las grandes cualidades que indudablemente tiene. La primera de ellas es la versificación. No es novedad que el señor Zorrilla haga buenos versos; no lo es que tenga pensamientos, giros y entonación verdaderamente poéticos, y de ello dan testimonio sus obras todas, líricas y dramáticas. Raya en este punto tan alto, que cualquiera puede contentarse con igualarle, y casi todos deben perder la esperanza de aventajarle. Lo nuevo en este drama es la escasez de aquellas incorrecciones que suelen abundar en las obras de este ingenio. Sin embargo, es tan natural y fácil el diálogo, que por ninguna parte se echa de ver la huella de la lima. Está, por de contado, escrito en variedad de metros; pero llega hasta el abuso esta variedad, cuando, para hacer, sin duda, alarde de su destreza de versificador, introduce el autor con mucho perjuicio del diálogo, la septima real que otros llaman ovillejo: metro el de peor gusto que ha podido inventarse, y que si puede soportarse acaso en composiciones ligeras y festivas, siempre ha de parecer mal en la escena.

«Dado el propósito, y prescindiendo de lo desacertado de la elección, el señor Zorrilla lo lleva a cabo con bastante maestría; pero aún ésta, a nuestro entender, no es disculpa legítima. Para mayor conocimiento del lector, y porque sospechamos que la mayor parte del auditorio se ha quedado a oscuras de tal metrificación, insertamos aquí algunas muestras.

El anónimo, tan mal profeta como todos los críticos, aunque como crítico revela discreción y buen gusto, copia los sabidos ovillejos del acto segundo, y prosigue:

«Mejor y con más fortuna camina el genio poético del autor, cuando, sin faltar a la naturalidad, ni pecar contra el buen gusto, pone en boca de los interlocutores, en bellísimos versos, la expresión de los más vivos afectos. Citemos, por segunda y última vez, sin elección, porque el drama convida a insertarlo todo. Don Juan, que ha sacado del convento a Doña Inés, la enamora así en la escena III del acto cuarto.»

Trasladada la que hoy conocemos todos por la «escena del sofá», y cuyas décimas también todos sabemos de memoria, continúa:

«Además del mérito de la versificación, tiene este drama, en nuestro sentir, el de la disposición de muchas escenas, que son de grandísimo efecto. En este sentido elogióse el primero y cuarto acto, aunque en este último está, a nuestro entender, muy mal motivada la muerte de Don Gonzalo, y su asesinato rebaja mucho el carácter del protagonista, como ya antes lo había hecho la alevosa prisión de Don Luis Mejía. No podemos dar iguales alabanzas al desenlace y final del drama, convertido en un juego de linterna mágica con la aparición de tanto difunto, y prolongado mucho más de lo justo, hasta tocar, con aquella superabundancia de transformaciones, en los excesos de las comedias de magia, hechas para divertir al vulgo en los días de Car-

»naval. Es verdad también que la maquinaria, decoración y disposición
»de la escena, es de lo más infeliz que buenamente imaginarse puede.
»En este punto se hallan nuestros teatros, no solamente a la cola de
»todos los del mundo, sino en visible decadencia. La gloria que apa-
»rece al morir Don Juan Tenorio, y en donde se ve su alma y la de
»Doña Inés en forma de dos llamitas de candil, harían soltar la carca-
»jada al público del teatro francés de Argel».

«Si nos fuera posible detenernos hoy a analizar tan cumplidamente
»como merece este drama, fundaríamos nuestra opinión para algunos
»otros elogios, como para alguna otra censura. Entre las de esta clase
»pondríamos la extraña facilidad con que Don Juan se convierte, y
»convertido, se salva. En lo primero no creemos que se tenga obser-
»vada la gradación conveniente. En cuanto a lo segundo, nos parece
»que no siendo posible presentar ni hacer palpables en el teatro los
»instantáneos efectos que la divina gracia puede obrar en el corazón
»del pecador más protervo, aquella balumba de espantosos crímenes
»pedía un resultado menos favorable al héroe, con quien el señor Zo-
»rrilla ha andado en verdad sobradamente caritativo.

«Para hablar de la ejecución, diremos que el señor Latorre nos
»pareció ajustado enteramente a la situación del poeta, de manera que
»cierta desigualdad que en el desempeño de su papel se advierte, pro-
»cede más bien de la inconsecuencia del personaje mismo. Hay grande
»naturalidad en todos sus modales, y los ademanes son los que con-
»vienen en todas las situaciones del drama a un hombre noble, allivo,
»liberal, arrojado, audaz, emprendedor, y dominado por el deseo de
»satisfacer desenfrenadamente el ímpetu de sus pasiones. Distínguese
»el estudio del señor Latorre, en ciertos pormenores que completan la
»ilusión, y producen aquella no explicada complacencia en el ánimo del
»espectador. Sirva de ejemplo la primera escena. El actor está sentado,
»habla, escribe, da la carta a su criado, razona con el hostelero y le
»significa sus órdenes, con el mismo aire, tono y ademán que parece
»que había de hacer todas aquellas cosas el mismo Don Juan Tenorio.
»Aun sin la parte del diálogo dedicada a la exposición, se bosqueja ya
»el carácter del personaje con la mímica del actor, parte la más difícil
»de su arte, pues ni en la actitud, ni en los movimientos, ni en la pala-
»bra, ni en el gesto, ha de haber la menor contradicción ni disparidad.
»Está hecha también con mucha naturalidad y gracia, la narración de
»sus aventuras cuando la versificación de la apuesta; y aquí compite
»dignamente el Señor Lumbreras, el cual ganará mucho si da mayor
»soltura y elegancia a sus modales y hace algunos estudios sobre su
»voz. La del señor Latorre tiene puntos ingratos, pero en este drama,
»más que en otras ocasiones, hemos hallado que acertaba a darles
»modificación oportuna: así, por ejemplo, la entonación con que recita
»los preinsertos versos, en su amoroso coloquio con Doña Inés, sin
»dejar de mostrar la violencia natural a un hombre de aquel temple, es
»dulce y tiernamente apasionado.

«Sentiríamos irritar las cenizas de Don Gonzalo, sobre todo siendo

»este señor un muerto que así se infiltra en los aposentos de los que le
 »provocan, diciendo que la monotonía y harto pausado compás de su
 »modo de decir, oscurece otras buenas dotes. A la señora Lamadrid
 »no quisiéramos acusar de defectos de que no tiene la culpa, tales
 »como la poca conveniencia de su edad y figura con el papel que se la
 »ha encomendado, y prueba de que lo desempeñó bien cuando no que-
 »dó en manera alguna deslucida. En cuanto a la dueña, por fuerza ha
 »sido dueña, si dueñas se usan todavía en alguna parte. En nuestro
 »juicio, hubiera sido aplaudida si el público atendiese más a los acto-
 »res de lo que suele. Ordinariamente el auditorio, piensa más en seguir
 »el hilo de la acción y dejarse llevar de las emociones que le produce
 »que en comparar el papel escrito con el ejecutado, ni la imitación con
 »la naturaleza de lo que se pretende imitar. Por eso muchas palmadas
 »que al actor se aplican son debidas de justicia al poeta, y por eso los
 »papeles odiosos suelen recibir menos aplausos de los que debieran.»

No tan extenso, ni tan razonable y pulcramente escrito es el parecer que consta en otra de las más leídas Revistas madrileñas de entonces, la titulada *El Dómine Lucas*¹. En su segundo número (1.º de Mayo de 1844), bajo el epígrafe «Juicio crítico de las funciones nuevas representadas en esta Corte», se lee el siguiente, debido sin duda a la pluma de Ayguals de Izco, porque él era el encargado de la sección «Teatros»:

«El 28 de Marzo, en el *Teatro de la Cruz*, se estrenó a beneficio de Don Carlos Latorre el drama original, en verso, del señor Zorrilla, *Don Juan Tenorio*. Esta composición coloca a su autor al nivel de los más grandes ingenios que han descollado en las naciones más avanzadas en literatura. Lope de Vega, Tirso de Molina, Zamora, Corneille, Molière, Balzac, Dumas, Byron, todos estos ingenios colosales han pintado con brillantes coloridos aquel Don Juan, de conducta tan disoluta como caballeresca; pero el mayor mérito del señor Zorrilla, es haber rivalizado dignamente con sus predecesores, sin copiarles, aventajándoles en muchas escenas, dando una nueva fisonomía al cuadro general, y un exacto y bien entendido matiz al protagonista, que desempeñó el señor Latorre con notable maestría.

¹ «Enciclopedia pintoresca de historia, literatura, teatros, modas, toros y chismografía, escrita en prosa y verso por los más aventajados ingenios de España, bajo la dirección de Don Wenceslao Ayguals de Izco y Don Juan Martínez Villergas, sus principales redactores». En el anuncio prospecto de la Revista, se lee esta décima:

«Desde aquél que alfombras pisa
 hasta el que enciende candiles,
 acudan todos, y a miles
 se van a morir de risa.
 También vosotras aprisa
 llegad, Pepas y Marucas,
 que va a decir cosas cucas
 este papel sin segundo
 y a desternillar al mundo
 el sabio *Dómine Lucas*».

La Revista solo aparecía una vez al mes y constaba de dos hojas en folio.

»Esta composición está admirablemente versificada. El autor *fué aclamado por el público y al presentarse en el escenario recibió prolongados aplausos*».

Tras de prolija, resultaría inútil la busca de más comprobantes para demostrar que el estreno del *Tenorio* constituyó un éxito para los Sres Zorrilla y Latorre. ¿Por qué, entonces, el bondadoso y modestísimo vate, manifestó siempre hostilidad tan inmerecida contra esta obra suya? La opinión de tantas generaciones como ha refrendado el éxito del estreno de *Don Juan Tenorio*, ¿no serviría de prueba irrefutable al inmortal poeta, de que *algo* habría en su drama, que el certero sentido crítico del pueblo consideraba en él superior al parecer particular del que lo había compuesto?

Y a nosotros no nos cabe duda de que así lo estimaría Zorrilla mismo, aunque en su modestia no quisiera reconocerlo. ¡Cómo que en el *Don Juan Tenorio*, cual en todas las obras dramáticas del excelso vate, hay una huella inconfundible e imborrable!

La huella del genio.

CÉSAR MORENO GARCÍA,

Madrid-Febrero-1917.



Iglesia de San Martín
donde fué bautizado Zorrilla

Zorrilla

.....
 el último cantor que descendía
 del primer ruiñeñor del Paraíso.

CAMPOAMOR.

· Transparencia de gota cristalina,
 en una estalactita que gotea,
 tiene el verbo radioso de su idea,
 iris luego, en la estrofa diamantina.

Ritmo y compás de música divina
 —que algún divino ruiñeñor gorjea—
 en la cadencia van, con que aparea
 línea y color, en gama peregrina.

Polícromas vidrieras medioevales
 son sus ricas leyendas orientales
 de acciones e inventivas prodigiosas...

¡Y su musa polifona y gallarda,
 es clave del tesoro en que se guarda
 la música y el alma de las cosas!

ANTÍFONA

Padre del estro luminoso
 y del acento musical...
 aurífice maravilloso
 de la sintaxis nacional...

Yace la lira castellana
 como tu verbo, en la mudez...
 ¡Huyó el amor de la ventana
 y la ansiedad del ajimez!

Cerrada está la celosía
 de la mansión conventual
 tras cuya urdimbre se escondía
 de Inés el rostro virginal.

¡No ya más zambra ni torneo,
 ni legendaria tradición!...
 ¡La guzla mora es un trofeo
 para el metal de tu blasón!

¡Como una ofrenda consagrada
 caigan en lluvia perennal,
 todas las rosas de Granada
 sobre tu losa sepulcral!

Madrid-1917.

J. JURADO DE LA PARRA.

El romanticismo de Zorrilla

Unió Zorrilla, por milagro casi único en la historia de nuestras letras, la espontánea sencillez del poeta primitivo y la acabada perfección del poeta moderno.

Original y seguro de sí mismo, aceptó la moda de su tiempo, sin seguirla servilmente y sin cuidarse de oponerse a ella. Fué romántico en la época del romanticismo, pero al leer sus obras se diría que lo hubiera sido en cualquier ocasión y en cualquier momento, porque lo fué, más que por imitación, por coincidencia; más que por escuela, por temperamento; más que por reflexión, por instinto.

Su romanticismo es como el clasicismo de Fray Luis de León, natural, espontáneo, sin dudas, sin vacilaciones y sin desfallecimientos; y así como el autor de *La noche serena*, en vez de limitarse a imitar, como tantos otros, los modelos latinos e italianos, supo remontar la corriente y llegar hasta el perenne manantial de aguas vivas, encontrando en la poesía y en el arte helénicos aquella forma purísima y perfecta, que aun había de sublimarse y de ennoblecerse en sus manos al servir de expresión y de vestidura a un cristiano pensamiento, Zorrilla, por distinto camino, obedeciendo a su imperiosa vocación y dejándose arrastrar por su instinto de poeta, adivinó lo que en aquel generoso movimiento romántico,—que él no inició, ni se inició en España,—había de eterno y de fecundo, y en vez de seguir paso a paso, como otros hicieron, a los poetas ingleses, franceses o alemanes, buscó en la entraña misma de nuestro pueblo la raíz y el origen de todo un mundo de poesía que él había de hacer surgir con su genio; y en vez de esforzarse por trasplantarlo a nuestro terruño áspero y seco y por aclimatarlo como planta exótica en un medio hostil, cultivó al aire libre y en la abierta llanura castellana la planta indígena y brava de la tradición y de la leyenda.

Su espíritu se identificó con el espíritu de España; su lengua, heredada de sus mayores, tuvo en sus labios la claridad y las inflexiones de la lengua actual y viva, y su pueblo pudo, no sólo comprenderle, sino reconocer como suyas las creaciones del poeta y prohijarlas al aplaudirlas.

Así se explica que muchas de las tradiciones castizamente españolas, que él en sus obras eternizó, dándoles forma definitiva, aunque habían sido mucho antes llevadas a la novela o

al teatro por escritores de primer orden, no cristalizaron, por decirlo así, hasta que Zorrilla, al hacerlas suyas las hizo también de todos. Por eso aunque Cervantes, Lope y Tirso, pusieron mano en ellas, el pueblo no recuerda, ni cita, ni apenas conoce *La fuerza de la sangre*, *La buena guarda* ni *El Burlador de Sevilla*, mientras recita versos de *A buen juez, mejor testigo* y de *Margarita la Tornera* y sabe de coro el *Tenorio*.

De tan buena ley fué el romanticismo de Zorrilla que, en vez de debilitarse y degenerar con los años, pareció afirmarse y robustecerse, y cuando, en España y fuera de España, el sentimiento se convirtió en sensiblería y lo conmovedor se hizo horripilante y lo frágico degeneró en patibulario, Zorrilla se conservó fiel a sí mismo, porque la savia del terruño nativo dió a su poesía una eterna juventud y un vigor imprecadero.

MANUEL DE SANDOVAL.

El Tenorio y ¿Granada?...

“Un punto de contrición,....”

Ya hace años, contábase uno de los ilustres «nudos» de la *Cuerda* que no quisieron abandonar a Granada y que aquí desarrollaron su vida y labraron su sepultura, el farmacéutico D. Pablo Jiménez Torres, amigo del alma de Perico Antonio Alarcón, el insigne autor de *El sombrero de tres picos*,—que cuando la piqueta demoledora arrasó el convento de San Antonio o San Diego, fundado en el siglo xvi por el famoso genovés Rolando de Levanto, recaudador de las Rentas Reales por el Sr. Emperador y Rey Carlos V, hasta que Felipe II intervino los caudales incautándose de ellos, por ciertos reparos que a la administración del genovés opuso—, varios hombres de la *Cuerda* subieron allá, al hoy camino o carretera del Fargue, donde aún se conservan algunos restos del convento, a ver y estudiar lo que mansión de frailes fuera hasta entonces, y que la exclaustación primero y la desamortización después habían de exterminar.

Alarcón, Jiménez Torres, Salvador de Salvador y algunos más que no recuerdo, formaron parte de la expedición. Caían con gran estrépito los muros y paredones, sepultando bajo sus escombros las lápidas de ilustres caballeros enterrados en las galerías bajas del gran patio del convento. Los claustros, despojados ya de los cuadros adheridos a sus paredes originalmen-

te decoradas con pinturas murales, amenazaban desprenderse cuando los excursionistas penetraron en aquellas informes ruinas.

Exponiéndose a ser aplastados lo vieron y curiosearon todo, deteniéndose ante un muro de los claustros bajos, todavía entero. En los centros de la sencilla y severa decoración arquitectónica, hábilmente pintada, veíanse los huecos que ocuparon los cuadros, y unos óvalos que servían de marco a sentencias y máximas morales y religiosas, y a dos o tres octavas plagadas de retruécanos y arcaísmos propios de poesías decadentes del pasado siglo XVIII. Sin embargo, Pablo Jiménez, escudriñando más que los otros, halló en un rincón próximo a caer unos versos que le interesaron mucho; y en tanto que los copiaba, trabajosamente porque no iban prevenidos de los menesteres necesarios, llamó a sus amigos, que leyeron con gran atención y curiosidad la octava siguiente:

Sean diez, sean veinte, sean ciento,
mil, un millón, millares de millares,
más que las hojas que remueve el viento
y las arenas que ciñen tantos mares;
sean, en fin, sin número ni cuento
las veces que has pecado o que pecares,
que al punto que al Señor vuelvas, abiertas
hallarás de su amor las dulces puertas.

Por debajo de estos versos sólo había una fecha: 1785.

Terminaba Pablo Jiménez la copia de los versos y el ingenio inagotable de Perico Antonio Alarcón comenzaba a vibrar haciendo curiosísimos comentarios acerca del pensamiento capital de la octava, cuando cayó el muro, borrando el secreto que los versos encierran y que tal vez hubiera explicado el cuadro que sirvió de ilustración a la poesía...

No sé, ni Pablo Jiménez lo pudo averiguar, si Zorrilla conocía esta octava cuando escribió, en la forma pintoresca que en sus *Recuerdos del tiempo viejo* dice, su famoso drama *Don Juan Tenorio*. «No recuerdo, dice, quién me indicó el pensamiento de una refundición de *El Burlador de Sevilla*, o si yo mismo, animado por el poco trabajo que me había costado la de *Las travesuras de Pantoja*, dí con esta idea»...

Y habla y habla de su *Tenorio*, censurándose y censurándolo: manía, obsesión de los últimos años de vida del inmortal poeta, sin que llegaran a convencerlo de su error los públicos ni la opinión de hombres tan ilustres como Menéndez Pelayo, que dijo, por ejemplo, que *Don Juan* es el «de todos los personajes de nuestro teatro... el que conserva juventud y personalidad más viva y el único que fuera de España ha llegado a ser

tan popular como Hamlet, Otello y Romeo»... (*Calderón y su Teatro*).

Sea ello lo que quiera, es lo cierto que los versos con que D. Gonzalo de Ulloa, o el Comendador como dice el pueblo, quiere avivar la esperanza del amor de Dios en D. Juan, los que dicen:

«Un punto de contrición
da a un alma la salvación
y ese punto aun te le dan...

en esa octava parecen inspirados.

Con esos versos llegó a mi conocimiento una noticia que ni entonces ni después pude comprobar: que D. Juan Tenorio fué un ser de carne y hueso y que sus padres pertenecían a nobles familias granadinas. ¿Conocía esta noticia Zorrilla? ¿Leyó los versos del convento de San Diego o San Antonio? ¿Se refiere a todo esto cuando escribió en sus *Recuerdos* las palabras que dejo copiadas?

Un dato pudiera robustecer esa sospecha. El portentoso novelista y gran poeta Manuel Fernández y González, escribió un drama algo semejante al *Tenorio: D. Luis Osorio*,—y ya sabemos que Fernández y González, que también pertenecía a la *Cuerda granadina* y que en Granada vivió muchos años, no podía soportar con calma, a pesar de su bondad innata, de su corazón de niño, que le dijeran que Zorrilla era más poeta que él.

¿Germinó en Granada la creación del gallardo calavera, del audaz D. Juan Tenorio?...

El erudito escritor D. Juan Bautista Enseñat cree que Zorrilla calcó su drama sobre el de Dumas, padre, titulado *Don Juan de Marana*. Zorrilla dijo solamente «que tan ignorante como atrevido», la emprendió con el argumento del «Burlador» sin conocer ni *Le festin de Pierre*, «ni nada en fin, de lo que en Alemania, Francia e Italia habíase escrito sobre la inmensa idea del libertinaje sacrilego, personificado en un hombre»...

Si vivieran los de la *Cuerda*, tal vez nos dirían que de esa octava del convento de Granada surge el pálido rostro de un monje, que con el estudio, la oración y la fe en Dios que esos versos revelan, borró muchos años quizá de devaneos y locuras... y que Zorrilla no concluyó su drama convirtiendo a Don Juan en ese monje, justamente para que no se pareciera al *Don Juan de Marana*, hasta su ingreso, arrepentido, en los trapenses...

FRANCISCO DE P. VALLADAR.
(Cronista de la provincia.)

Granada 16 Enero 1917.

SILUETAS ESCÉNICAS DEL PASADO

Una anécdota de Zorrilla

Cuando mi tocayo, compañero por varios conceptos y buen amigo, Narciso Alonso Cortés, me invitó para colaborar en el número extraordinario que la REVISTA CASTELLANA proyectó dedicar al inmortal Zorrilla, busqué en mis legajos donde almaceno datos biográficos de actrices y actores y poetas dramáticos, algo referente al inspirado autor de los *Cantos del Trovador*.

Nada hallé que fuese oportuno, y cuando iba a cerrar la carpeta, vi un apunte que hacía referencia a una anécdota que oí referir al nunca bastante llorado Antonio Vico, cuando en su cuarto del Teatro Cervantes nos hacía pasar horas deliciosas, en agradable tertulia de artistas y literatos.

Hallábanse el gran actor y el eminente poeta sentados en una noche de verano a la puerta de un café de la calle Alcalá, cuando en la mesa contigua se sentaron dos muchachas peciosas con una bigotuda mamá, exuberante de carnes y de tintes económicos.

No dejaron de fijarse en las recién llegadas y de admirar las obras perfectas que Dios produce, cuando se apercibieron que las chicas hablaban de literatura y sobre todo de poesía.

—Debe ser alguna poetisa cursi—exclamó Zorrilla.

—Pues si los versos son como la cara—agregó Vico,—deben ser admirables.

Siguieron las muchachas conversando y una de ellas, la menos bonita, dijo a la otra.

—Y los versos de Zorrilla, ¿te gustan?

—¿Que si me gustan? Son mis preferidos. Con decirte que hasta sueño con Zorrilla... Me gustaría conocerlo. Me lo figuro muy guapo, muy elegante, muy simpático. Todas las mujeres tenemos un tipo que escondemos en el corazón. Pues, bien ese tipo lo adapto yo a la figura del autor del *Zapatero y el Rey*.

Zorrilla y Vico se sonreían y se miraban.

De pronto Vico, con su carácter franco y su modo de ser andaluz, donde la timidez no existía, dirigiéndose a la entusiasta de Zorrilla, le dijo:

—Dispéñeme usted, señorita. ¿Sería tan amable que me dejara ver ese abanico que tiene en la mano?

La muchacha se puso encarnada, pero no encontró pretexto para negarse a la petición.

Mediaron algunas palabras y el célebre actor añadió:

—Ahora deseo un segundo favor. Mi amigo es poeta y se consideraría honrado escribiendo un verso sobre esa vitela.

Tampoco hubo excusa oportuna y mientras Zorrilla escribía un par de quintillas, Vico entretenía con su charla atractiva a la mamá y a las niñas.

Terminó el poeta los versos y le entregó el abanico.

¡Figúrense mis lectores la sorpresa de la muchacha, cuando vió al pie de la poesía la firma de *José Zorrilla!*

—¿Pero V. es..?—balbuceó, subiéndole al rostro una oleada de sangre, que la puso más bonita de lo que era.

Y entonces Vico, levantándose, con gravedad cómica, dijo:

—Sí, señorita, mi amigo es ese poeta que V. creía tan guapo, tan elegante y tan simpático y con quien soñaba algunas noches.

Desde aquella noche Zorrilla y Vico fueron muy amigos de aquella familia, que era provinciana, si no recuerdo mal, de Segovia, y cuyo padre, antiguo militar, había sido destinado a Madrid.

La muchacha tenía aspiraciones a cómica y Zorrilla las alentó, lográndole, no mucho tiempo después, una buena contrata.

En la escena logró algún renombre, fué primera actriz y seguramente los dramas de Zorrilla, su protector, tendrían lugar privilegiado en su repertorio.

La otra amiga que la acompañaba la noche de su conocimiento con Zorrilla, fué también actriz, aunque demostró pocas aptitudes, por lo que se retiró de la escena y se casó en Barcelona con un comerciante.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

Al poeta Zorrilla

Dame tus versos peores,
tus defectos, tus errores;
aquello que no quisiste
publicar; los borradores
de lo que luego no hiciste.

Lo que no pasó a la historia;
lo que el mundo que te aclama
no conserva en la memoria,
y ya no quiero más fama
ni más triunfos, ni más gloria.

JOSÉ RODAO.

Los ciudadanos del Club Zorrilla

En el club Zorrilla, la representación habíase anunciado para las siete de aquella noche. Era la primera que celebrábase, desde que se constituyó la sociedad, y hacía ya un mes veníanse efectuando los preparativos para la misma, consistentes en ensayos, preparación de decorado y organización de la complicadísima farsa, ya que debía ponerse en escena nada menos que el famoso drama *Don Juan Tenorio*.

Formaban el citado club hasta dos docenas de individuos tan aficionados al arte de Talía como entusiastas y aun desordenados y locos paladines de las reformas políticas. Y así, compartían los ratos de discusión artística con los de veheméntísima discusión política, y desde que determinaron celebrar veladas artísticas, como ellos las llamaban, tan pronto desafortadamente recitaban brillantes estrofas, como previas las precauciones del caso, conspiraban contra el poder regulador.

En una de las antiguas calles de la ciudad condal, tenía albergue el club, calle típica y famosa por haberse demostrado la mayoría de sus vecinos bullangueros y los que más presto se hallaban a secundar todo sedicioso movimiento en frecuentes motines y algaradas que de continuo turbaban el orden y la vida de Barcelona.

Ya al amanecer de aquel día notáronse los inequívocos síntomas de la tormenta popular. En el Llano de las Comedias y en las Ramblas, se formaban compactos grupos comentando las sensacionales noticias que habíanse recibido de la Corte.

A medida que avanzaba el día, el movimiento era más inusitado en los puntos céntricos de la ciudad, y al anochecer, en la Plaza de la Constitución, los grupos eran tan compactos y tan poco tranquilizadora su actitud, que las fuerzas del ejército se vieron obligadas a desalojar la plaza.

Toda la ciudad adquirió en pocos momentos ese tono especial de trágica paralización; respirábase en el ambiente el mal-estar de la próxima revuelta. Cerraban las gentes los establecimientos, andaban presurosas por las calles con la ansiedad del temor y en los balcones y ventanas asomaban los vecinos preguntándose lo que ocurría.

En la calle de Carders, donde hallábase establecido el *Club Zorrilla*, la animación era extraordinaria. Formaban corrillos los vecinos ante las puertas, hablaban a voces con los que asomaban por los balcones, y aun cuando nadie pudiera afirmar

nada concretamente, echábase a volar la fantasía y se aseguraba que de la ciudadela había salido hacia la ciudad el capitán general al mando de una columna y que habían focado llamada en todos los cuarteles de la Milicia Nacional.

Cuando mayor era la confusión y el bullicio, entró en el salón del *Club* su presidente, Pedro Vidal.

Era Pedro Vidal un hombre alto, delgado; el rostro anguloso con ojos muy hundidos en las cuencas; la frente huesuda, despejada, y las orejas muy despegadas de la cabeza; el pelo gris, corto y descuidado, asomando dos grandes mechones en las sienas. Su porte era desgarbado, a causa de su gran altura, y encorvábbase hacia adelante, sobre todo al andar, cosa que hacía a largos pasos.

Entró en el salón casi de un salto. Al verle todos le rodearon, demandándole noticias. En los rostros se pintaba la ansiedad y el anhelo.

Pedro Vidal se paró un momento y paseó su mirada por el grupo. Estaban todos los socios del Club. De pronto dijo:

—Tenemos tiempo, no comenzará el jaleo hasta media noche. ¡A vestirse todos!

Pareció no entendían la orden. Por fin uno, preguntó.

—¿A vestirse? ¿De qué?

Pedro Vidal le lanzó una mirada furibunda.

—¿Cómo de qué? Tú de Mejía, en tu papel—y dirigiéndose a los otros fué diciendo—y tú de Avellaneda y tu de Escultor y tú...

—¿Pero estáis loco, Vidal? ¿Queréis celebrar la representación en medio de la bullanga?

—Os he dicho que no comenzará el jaleo hasta media noche y son las siete: creo que hay tiempo.

—¿Pero y las mujeres?—advirtió uno.

—¿Y el público?

—¡Lo haremos todo nosotros!—y tras un formidable taco se lanzó en busca de sus ropas.

No hubo manera de resistir a su voluntad. Pedro Vidal tenía poder absoluto sobre aquellos hombres y pocos momentos después, vacío el salón del Club y solos en el escenario los improvisados actores, comenzaba la representación del drama del glorioso Zorrilla, *Don Juan Tenorio*.

Pedro Vidal, vestido de Tenorio y sentado ante una mesilla recitó:

*¡Cuál gritan esos malditos,
¡Pero mal rayo me parta
si en terminando la carta,
no pagan caros sus gritos!*

Se oyó un clamoreo furioso de destempladas voces, luego como un murmullo sordo, cual una ola de agua que invadiera la calle, y después el estallido seco de una descarga.

Pedro Vidal saltó de su asiento y seguido de sus acompañantes se asomó al balcón.

Formando cordón en la bocacalle se hallaba un piquete de soldados y en el centro del arroyo, tendidos, veíanse los cuerpos de dos hombres.

Un instante después, desde el balcón del *Club Zorrilla*, los revividos personajes del inmortal poeta, armados de carabinas, hacían fuego contra las tropas.

LUIS G. MANEGAT

Barcelona 20 Enero 1917.



Estafua de Zorrilla en Valladolid

“De vita et moribus...”

Dice un antiguo refran castellano: «No sabe el diablo lo que sabe por ser diablo, sino por ser viejo».

No seré diablo, pero viejo lo soy a carta cabal, y si algo recuerdo de la vida de Zorrilla, será por mi ejecutoria de vejez, sobre la que entiendo nadie tendrá el menguado capricho de moverme pleito.

Algo y aún algo de diablo habrá en mí, porque muchas veces me decía el Cardenal Cascajares, de grata memoria:— «Te han puesto Angel por mote». Sea de ello lo que quiera, al que me tenga por heterodoxo, le suplico recuerde piadosamente aquellas rimadas palabras del *Rabi* don Sem Tob de Carrión:

Nin vale el azor menos
porque en vil nido siga,
nin los exemplos buenos
porque judío los diga.

Buscaré en los rincones de mi memoria algunos episodios de la vida de *Pepe Zorrilla*, como él quería le llamásemos sus amigos, porque aquéllo de llamarle «Don José» trascendía a vejez, cosa mal tolerada por el poeta, de cuya existencia daba cuenta diciendo:

Yo vivo entre flores yo vivo entre aromas
Perfumes de rosas de mirto y azahar,
Su arrullo en la siesta me dan las palomas
Mi vida es un sueño sin hiel ni pesar.

Conocí a D. José Zorrilla cuando regresó desde Méjico a su ciudad natal después de la tragedia de Querétaro, que le hizo renegar de sus amores democráticos, exclamando en un pareado no muy correcto:

¡¡Méjico audaz de regicidio *rea*,
Si esa es tu libertad, maldita sea!!

Allá en la vieja Hospedería del Colegio de Santa Cruz teníamos las cátedras del Instituto, y a ellas asistía yo cuando llegó el poeta a Valladolid. Una mañana, al volver de Latín, me dijo mi santa madre: «Si quieres conocer al poeta D. José Zorrilla, el que ha escrito el Tenorio, ahí está con tu padre y otro señor en el despacho; entra con cualquier pretexto y le verás».

Antes de esta fecha ya había yo leído *Don Juan Tenorio*, *El Alcalde Ronquillo* y *El Zapatero y el Rey*, y recitaba con

entonación trágica parlamentos de dichos dramas, entusiasmandome con los de Sancho García sobre aquel de que recuerdo estos versos:

¡Sangre habrá! vuestros blancos alquiceles
rojos serán, y pues la guerra os doma,
pesebres han de ser de mis corceles
los profanos altares de Mahoma;
y las ricas princesas africanas
esclavas de mis pobres castellanás.

Antes de entrar en el despacho de mi padre vacilé un momento pero aguijoneado por la juvenil curiosidad de oír hablar a Zorrilla, entré en la habitación donde estaba, y después de saludar tímidamente me dirigí a la librería, pretextando buscar una obra de estudio.

Como mi padre era entonces censor de teatros, ninguna producción dramática podía representarse sin la previa censura, y como Zorrilla iba a leer unas poesías en el teatro de Calderón, se las presentó a mi padre, que le dijo en aquella mañana: Señor Zorrilla: la censura no alcanza a las obras del gran poeta nacional; pero le ruego a V. que nos conceda al señor Acero y a mí las primicias de la lectura.—Zorrilla accedió gustoso al ruego y leyó de un modo inimitable aquellas poesías, de las que recuerdo algunos fragmentos:

Desean estos señores
que os haga un ramo de flores.

Yo os lo quisiera ofrecer
pero temo no poder
flores para él reunir.
Queréis el por qué saber
y os lo debo de decir.

Porque mi tiempo pasó,
porque en mi edad juvenil
tenía en cultivo yo'
de flores todo un pensil
y la edad me lo agostó.

Lo que en otros tiempos era
un jardín de Babilonia
cargado de enredadera
clemátida y de begonia,

Es hoy páramo salvaje
do la cizaña, el abrojo
y el más inculto hierbaje
desparraman á su antojo
su parásito follaje.

Es difícil posición
¿Qué digo sí? Orgullo audaz
¿No? falsa moderación.
Me estoy sintiendo incapaz
de resolver tal cuestión.

Mas una vez puesto aquí
desde que el telón se alzó,
ni puedo decir que sí
ni debo decir que no.

Decir que sí me halagara,
decir que no os desairara,
de todos modos me enredo;
siento en posición tan rara
que la palidez del miedo
me está enfriando la cara.

Después recitó Zorrilla una hermosa serenata «A Rosa», de la que únicamente recuerdo estos versos:

Por huir de tu huerto,
tus hojas Rosa,
se te tornaron alas
de mariposa;
pero yo, que las alas
del amor, tengo
por el olor que exhalas
tras de fi vengo,

Sal, que te llamo,
para decirte a solas
cuanto te amo.

.
.
.

Peño no, ya no salgas,
estrella mía
porque ya en el Oriente
despunta el día.
Adiós, flor de mis flores,
Rosa sultana
verjel de mis amores,
¡hasta mañana!

Los aplausos que se tributaron a Zorrilla en nuestro coliseo de Calderón cuando recitó estas poesías, aún suenan en los oídos de los que hemos tenido la dicha de escucharle.

Estudiaba nuestro poeta los primeros cursos de Derecho en la Universidad vallisoletana, donde tenía por catedrático a mi abuelo el Dr. D. Pelayo Cabeza de Vaca, a quien le había recomendado el padre del poeta que le preguntase con frecuencia la lección «para ver si conseguía quitarle de la sesera aquella malhadada afición de los versos». Un día le preguntó *el bueno de D. Pelayo*, como le llama Zorrilla en sus «Recuerdos del tiempo viejo», en la siguiente forma:—Vamos a ver, señor Zorrilla; según el autor, y dice bien, y yo con él, ¿cómo se divide la justicia? Y Zorrilla—que conocía la bondad inagotable de su catedrático, contestó:—D. Pelayo: justicia *que se divide*, no puede ser buena.

Celebraron la agudeza catedrático y discípulos, y encontrándose mi abuelo con el padre de D. José, que era curial, le dijo:—Mire V., amigo: a su chico no se le arrancan de la cabeza las ideas y la manía de hacer versos, ni con las tenazas de Nicodemus.

El padre de Zorrilla no se dió por vencido y llevó hasta el sepulcro el odio que le inspiraban las poesías inmortales de su hijo.

Durante su estancia en Valladolid asistía algunas veces Don José a la imprenta de los «Hijos de Rodríguez», donde se hallaba establecida la redacción del periódico vallisoletano *La Crónica Mercantil*.

Formábase todas las tardes una tertulia, concurriendo a ella los eximios catedráticos de esta Universidad D. Julián Arribas, D. Juan Ortega y Rubio y D. Gregorio Martínez Gómez, el erudito y castizo letrado D. Eustaquio Gante, el muy sabio y notable fabulógrafo D. José M.^a Lacort y el bondadoso director del periódico D. Aureliano García Barrasa que concedió en las columnas de su periódico hospitalidad a mis pobres y malos versos.

Entre ellos había escrito yo una composición que titulé «Serenata Oriental», y en la que cometí la audacia imperdonable de querer imitar a Zorrilla.

A los pocos días de haber publicado *La Crónica* dicha serenata, fué el poeta a nuestra tertulia y me mandó que recitase la composición. Me defendí y traté de excusarme, pero tanto insistió D. José, que turbado y como Dios me dió a entender dije las siguientes estrofas:

Guzla sonora
de gayo acento;
ave canora
cuyo plumaje
riza y agita
ligero el viento.

Deja la muelle alcatifa
donde te hallas reclinada.
Deja la thiorba dorada
y sal, preciosa Jarifa.

Mi sultana,
ponte el alquicel nevado;
sal al ajimez calado,
que ya raya la mañana...

Cuando llegaba a esta parte de mi recitación, me interrumpió Zorrilla con estas palabras:—Deja, Angelito, que voy á terminar yo la Serenata.—Y en efecto, la puso término con estos humorísticas versos, no sé si suyos o ajenos:

Cesa la canción de amor,
se escucha débil rumor,
y una misteriosa puerta,
por mano invisible abierta,
se presenta al trovador.

Entra en un patio sombrío
que verde musgo tapiza
y dos jayanes de brío
¡¡le arriman una paliza
de padre y muy señor mfo!!

Como comprenderá el pío lector, desde entonces colgué el laúd, y aún me estaría doliendo la paliza que me dió Zorrilla si él mismo no se hubiese encargado generosamente de hacérmela olvidar con el cariño que me tenía, y que recordaré siempre como el honor supremo y la más alta distinción de mi vida humilde.

ANGEL M.^a ALVAREZ TALADRIZ.

El "Pisto-Club,"

Cursaba yo en Valladolid la carrera de Derecho y este escritorzuelo ramplón era ya por entonces ardiente apasionado de Zorrilla. Los versos del gran vate castellano fueron los primeros y con los que más intensa emoción me deleitaron de niño y cuando, siendo alumno del Bachillerato, el estudio de la Retórica me llevó al atrevimiento de los juicios, disputé a Zorrilla, y todavía no he rectificado esta opinión, por el más excelso de los poetas líricos españoles.

En la Universidad me encontré con unos cuantos camaradas que rivalizaban conmigo en la admiración a Zorrilla y esto me bastó para trabar amistad con ellos. Nuestras conversaciones preferentes y más animadas versaban sobre los agregios méritos del poeta y frecuentemente nos congregábamos para la lectura de algunas de sus bellísimas obras. Por cierto que, con ocasión de una de aquella apacibles reuniones, tuve el honor y la dicha de conocer personalmente a otro insigne vate de Valladolid, a Emilio Ferrari, y de oírle recitar, mejor diría declamar, el canto primero del *Pedro Abelardo*, poema que, años más tarde le abrió de par en par, en el Ateneo de Madrid, las puertas de la gloria.

En aquella mi época estudiantil corría la especie de que Zorrilla estaba atravesando por una situación económica muy apurada; se decía que le faltaban recursos para hacer frente a las más perentorias necesidades de la vida y que no había quien respondiera a la demanda que el poeta tenía maravillosamente formulada en su *Canto del Fénix*:

«Y si las tempestades que el porvenir amasa,
en mi país me obligan a mendigar el pan,
no dejes que en él nadie las puertas de tu casa
empedernido cierre o esquivo diga ¡pasa!
al que mató a Don Pedro, al que salvó a Don Juan.»

Por fortuna, aquel rumor, explicable en la tierra de tanto ingenio menesteroso y desamparado, carecía de fundamento. Pero el grupo de jóvenes a que vengo refiriéndome, le dió absoluto crédito, y en su noble afán de prestar ayuda al poeta y de procurar que no fuese olvidadiza para con él la atención pública, concibió la idea de celebrar en el teatro de Lope una función a beneficio del esclarecido vate. Del pensamiento se dió cuenta al cuerpo escolar universitario; éste lo acogió con todo

entusiasmo y en muy pocos días quedó ultimado el programa de la fiesta, cuyo número saliente consistía en la representación de *Traidor, inconfeso y mártir*. Los papeles masculinos de tan hermoso drama se repartieron entre estudiantes, y a mí, que formaba parte de la improvisada compañía, me tocó en suerte nada menos que el de Gabriel de Espinosa.

Por cabeza visible, aunque diminuta, de los organizadores de la función, fuí yo el encargado de dirigirme a Zorrilla para explicarle nuestro propósito y para invitarle a presidir la velada teatral. Zorrilla residía a la sazón en Barcelona y no pudo asistir a la fiesta; pero mandóme una carta llena de sentidas manifestaciones de gratitud y de sinceras frases de elogio para los estudiantes vallisoletanos. El glorioso poeta, ya viejo entonces, terminaba la carta, que fué leída por mí en el teatro al comienzo de la función y que produjo en el público entusiasmo delirante, *besándonos en la frente como a nietos suyos*.

El éxito de la fiesta, presidida por el Rector de la Universidad y a la que concurrieron todas las altas autoridades y representaciones de Valladolid, fué grande. Se recaudaron en taquilla buenos cientos de pesetas y los estudiantes, con el certero instinto de la juventud, muchas veces adivinadora de la exacta realidad, querían que aquella cantidad pasase íntegra al bolsillo del poeta, mediante el correspondiente giro. Pero hubo escrúpulos en ello y se acordó que con el total producto de la velada se adquiriese un regalo cuyo valor pudiera convertirse pronta y fácilmente en efectivo. Así se hizo. El regalo consistió en una escribanía de plata y una pluma de oro.

Poco tiempo después de celebrada la función de Lope, habiéndonos anunciado Zorrilla su próxima llegada a Madrid, el Rector de la Universidad, el inolvidable y eminente Don Manuel López Gómez, cuyo consejo y cuya intervención nos asistieron siempre en estos asuntos, designó una comisión de estudiantes encargada de visitar en la corte al poeta y hacerle entrega del regalo adquirido. También formé yo parte de la comisión y a cuanto llevo referido debí el honor altísimo de que Zorrilla otorgase a mi pequeñez el tesoro de su amistosa cordialidad.

Pasaron los años. El núcleo de jóvenes que organizaron y dieron la función de Lope se redujo, primero, por las ausencias consiguientes al término de la carrera, y se agrandó, después, con elementos nuevos tan ardorosos y resueltos como los antiguos. La ya considerable agrupación de amigos empezó por invadir diariamente las mesas del Café del Norte, convirtiendo

el salón que corresponde a la Acera de San Francisco en campo de discusiones animadas y pintorescas y de sanos y atrayentes regocijos; y acabó por instalarse sepradamente en una pieza de la planta principal del mismo Café, ni muy espaciosa ni bien acondicionada, con balcón a la plaza Mayor. Allí se estableció una especie de sociedad o de círculo donde por tarde y noche se derrochaba el ingenio, se hacía gala de graciosa desenvoltura, se derrochaba el buen humor y se aplaudía toda caprichosa originalidad. Lo que se aderezaba y ofrecía en aquella grata mansión, sin que nunca resultase repulsivo o indigesto, contenía ingredientes muy diversos y muy variadas especias. De ahí que el círculo recibiera el gráfico y expresivo título de *Pisto-Club*.

Los *pistófilos*, que con este nombre fueron bautizados los socios de aquel centro en un chispeante soneto del ameno periodista Isidorito Coloma, hoy sin duda sesudo Magistrado, eligieron por aclamación presidente honorario a Zorrilla, que había fijado su residencia en Valladolid. Visitamos al poeta para darle cuenta del acuerdo y se negó jovialmente a la aceptación del cargo, echando pestes de las innumerables presidencias honorarias con que en España y en América le habían atosigado. A su negativa acompañó, con frases tan galanas como persuasivas, la afirmación de que nunca se presentaría en el círculo.

Pero una tarde, paseando yo con el bueno de Don José por la Acera de San Francisco, pude lograr que entrase en el *Pisto Club*, aunque tuvo que hacerlo por el indecente callejón medianero del Café del Norte y por la oscura, estrecha y retorcida escalera que daba acceso a las dependencias altas del establecimiento.

La presencia del poeta en el círculo excitó poderosamente las inventivas y travesuras de los socios y fué celebrada con música, bailes, canto, cuadros vivos, juegos de prestidigitación y ejercicios de hipnotismo. Y hasta hubo un remedo de sesión llevada en verso del principio al fin, teniendo que apelar por punto general los oradores, ante la necesidad de sujetar sus palabras a metro y a ritmo, a fáciles y risibles aleluyas. Zorrilla quedó enamorado del *Pisto-Club* y desde aquella tarde concurrió diferentes veces al círculo, encantando a los socios con su llaneza, con su conversación fina e insinuante, con el relato de muy curiosas anécdotas y con la evocación de recuerdos íntimos que no figuraban en los *del tiempo viejo* publicados en la hoja literaria de *El Imparcial*.

Una noche se dispuso en el *Pisto-Club* una velada de honor para el poeta. El balcón que daba a la plaza se engalanó

con colgaduras y se iluminó con farolitos de colores. Se izó en él la bandera nacional. El saloncillo del círculo se adornó convenientemente y en la plataforma que a su frente presentaba se levantó una especie de estrado con rico sillón y espléndido cojín. Zorrilla llegó al *Pisto* en elegante carruaje particular y, ocupando el estrado y entre los atronadores aplausos de la concurrencia, dió lectura, en la admirable forma que lo hacía siempre, del lindísimo poema *A escape y al vuelo*, que acababa de escribir para la condesa de Guaqui, lectura que meses después repitió en el Ateneo de Madrid. De la verificada en el *Pisto-Club* habló al día siguiente con la obligada extensión *El Imparcial* por telegramas que yo redacté como corresponsal del periódico madrileño.

Terminada en el *Pisto* la lectura del poema, hubo una especie de recepción para que las autoridades, la prensa y los demás invitados a la velada pudieran saludar particularmente al excelso vate. Bajaron después con Zorrilla los *pistófilos*, exclusivamente los *pistófilos*, al reservado del Café, donde se había preparado un suculento banquete de carácter íntimo.

La cena resultó cordialísima y sumamente regocijada. Al final cayó sobre el paciente y bondadoso poeta un chaparrón de discursos y de versos. Algunos de estos últimos bastante ingeniosos. Todavía recuerdo una redondilla de las fáciles y galanas que improvisó Florencio Bravo, el popular periodista de Valladolid, muerto poco después para desgracia de las letras castellanas:

«El *Pisto* huele a clavel
y no puede saber mal
pues tiene en sus socios sal
y en este viejo el laurel.»

Tocóle a Zorrilla resumir los brindis, y alzándose de su asiento, dijo, poco más o menos:

—Yo no sé hablar; de versos ya os he colmado esta misma noche la medida; pero algo he de hacer para mostraros lo mucho que me complace esta fiesta. ¿Queréis que mate un toro?

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Que lo mate!—exclamaron los *pistófilos*, aplaudiendo calurosamente al anfitrión.

En el instante quedó despejada de mesas y sillas una parte del reservado, y Zorrilla, tomando un bastón y una servilleta y adelantándose al improvisado redondel, marcó seriamente los principales lances de la suerte suprema del toreo, explicándolos a la vez con gracejo inimitable. Nunca se oyó más prolongada y vehemente ovación en ninguna plaza.

Terminó la fiesta del *Pisto-Club* muy de madrugada. Zorrilla, a pesar del frío que reinaba y de la niebla que caía sobre las calles en aquella cruda noche de invierno, se dirigió a pie a su casa, rodeándole, aplaudiéndole y vitoreándole los *pistófilos*. Los serenos miraban con asombro el desfile del alborotado cortejo. Para la ciudad, entregada al sueño, pasó inadvertida aquella triunfal apoteosis hecha por entusiastas muchachos de Valladolid al más egregio de sus paisanos, al vate genialísimo que, llegando a viejo, *no lo fué jamás*.

JUAN CORTÉS

El poeta de la raza

*¡Zorrilla!; la encarnación
viviente, del alma hispana,
verso todo filigrana,
custodia de la emoción;
limpia y serena expresión
del lenguaje de Castilla,
en cuya belleza brilla
la más noble inspiración.*

Qué otro poeta en la expresión lograra
la lozanía que logró su estro,
ni diera a la palabra castellana
los mil matices que le dió su genio?

¡Aquellas «Orientales» todo luz,
aquellas «Tradiciones» todo fuego,
en las que viven sus escenas mágicas
las medioevales calles de Toledo,
donde flotan amantes madrigales
y se oye el rechocar de los aceros!

¡América! Los hijos de la raza
la calidez de su cantar sintieron
y supieron amar a nuestra España
en la vibrante trabazón del verso.

Con esos pueblos de español origen
lazos de amor sus poesías fueron;
late en ellas el alma de Castilla
y ellos, cual castellanos, las vivieron.

Por las dormidas, silenciosas calles
de ciudad española, van surgiendo
y cruzan en extraña cabalgata
graves figuras que forjó su ingenio.

Pasa una procesión que, majestuoso,
 preside, adusto y triste, el rey Don Pedro
 y, de pronto, a sus pies se precipita,
 demandando justicia, un zapatero...

De un convento cercano se oye el órgano
 y hay en el aire aroma del incienso;
 medita Margarita la Tornera
 sus ensueños de amor, en el convento.

En alcázar que alzó la fantasía
 suenan lejanas músicas que fueron,
 y en apartada y florecida reja
 se oye el chasquido delator de un beso.

Mostrando gentileza y gallardía
 pasa Tenorio reñidor y escéptico,
 que quiere ver el rostro a las tapadas,
 doblas o cintarazos repartiendo.

Todos los seres de sus magnos dramas
 van surgiendo del fondo del misterio;
 son figuras... del drama de la vida
 por mágico pincel dadas al lienzo.

.....

No podemos tocar sus vestiduras
 ni verlas, porque estamos ya despiertos;
 no pasan por las calles, pero cruzan
 por la ciudad-milagro del ensueño.

NICOLÁS BENAVIDES



Casa donde nació Zorrilla

Peripecias de un estreno, o El barbero Duguesclin

De abolengo nos viene a los de mi pueblo la afición a las cosas de comedias. Horadando los torreones del que fué antiguo alcázar de los condes de Oñate, se edificó un lindo teatro, que a pesar del siglo que cuenta, allí está con sus lunetas, sus asientos de grada baja, su galería, su tertulia y su bonita araña. Todavía recordamos, después de tres generaciones, la solemnidad con que se inauguró aquel coliseo elegante, porque en nuestra infancia lo oíamos referir a nuestros progenitores. Hubo bailes, cacerías, romería a la ermita del monte, donde los habitantes de la villa iban siempre a ofrecer sus alegrías y a relatar sus penas a la adorada Virgen. Hasta hubo lectura de poesías de los más renombrados vates de la comarca, no coplas que desaparecen a la primera lectura arrebatadas por el viento de la indiferencia, sino que alcanzaron el entonces extraordinario honor de verse perpetuadas en letras de molde; y por que no se crea que son invenciones de mi fantasía, propósito fengo de hacer una edición nueva con el ejemplar que conservo del poema que escribió con tan culto motivo un eminente poeta farmacéutico que libó su inspiración en las ondas del Pisuerga. Lo que no hubo fué banquetes, porque como la política aún no se había elevado a la categoría de oficio, todavía no estaban en moda.

Excusado es decir que los artistas todos eran de la localidad, y como alcancé en vida a la mayor parte de ellos, aunque ya gloriosas ruinas, con gusto haría su semblanza, si no temiera alargarme más de lo justo, aunque no puedo resistir a la tentación de recordar a un abogado, atrevimiento que debe disculpárseme en atención a ser el director y primer galán, y a limitarme a dar dos pinceladas sobre sus condiciones físicas, pues en las artísticas no será mi pecadora pluma quien se atreva a focar. Era muy menudo y muy flaco, y a pesar de ello un tanto cargado de espaldas, mas la circunstancia que involuntariamente llamaba sobre él la atención era su voz chillona y afeminada; pero la supremacía de su intuición trágica suplía cualesquier falta, y en Otelo, Pelayo, la Raquel y sobre todo en el Trovador, cuentan que no tenía rival.

Tan al tanto estaba del movimiento dramático de la Corte, que obra que en ella lograba resonancia, pronto era admirada por el afortunado público de la villa.

A mediados del siglo XIX el poeta más popular que España ha tenido desde su origen, sacó a las tablas el regicidio de Montiel y excusado es decir el asombro que causaría tal asunto cantado por tal estro.

Llevar los ecos del aplauso la noticia a la escondida aldea, y pedir nuestro director un texto de la obra debió ser todo uno,

y como por entonces las correspondencias editoriales no se conocían, la impaciencia le sugirió el medio de hacerse con él pronto acudiendo a los vecinos de un pueblo inmediato que estaban en constante comunicación con Madrid, porque le surtían de medias y de mantas. Cabalgando en un mulo, envuelto en las alforjas con la merienda del jinete, vino a Castilla el primer ejemplar del drama trágico, y antes que en muchas capitales de provincia, el Rey que instituyó en España la monarquía democrática, por procedimientos demasiado expeditivos, cuando Europa yacía envuelta en las oscuras nieblas del feudalismo, y sin duda por eso no ha tenido segundo, se dignó hollar con sus plantas el humilde escenario de una escondida aldea.

Vencidas las dificultades inherentes al reparto de papeles y confiado a un hábil artista en hojadelata la confección de celadas, petos, espaldares, lorigas, lorigones, escudos, manoplas, cascots, cimaras, yelmos, rodelas, golas, acicates... en una palabra, cuanto concernía a la férrea indumentaria que requería la obra, comenzaron, después de saberse cada uno hasta los pies de sus papeles, los ensayos, que si duraron lo que en mi época no bajaría de dos meses, llegó el día señalado para el estreno, hallando la opinión dividida en dos bandos, pues mientras unos opinaban que valía más la primera parte, ya conocida, otros sostenían que era mucho mejor la segunda.

Todo había marchado a la perfección en los dos primeros actos, y el público, impaciente por conocer el desenlace, porque la aglomeración hacía estar unos sobre otros, y porque la preparación del escenario requería tiempo, puesto que en aquel coliseo no se omitía ningún detalle, empezaba a manifestar su disgusto con protestas más o menos comedidas, y cuando ya se iba a levantar el telón, invadieron precipitadamente el escenario dos mozallones reclamando imperiosamente al médico, porque su padre se estaba muriendo.

El solicitado no sabía cómo resolver aquel conflicto entre dos papeles, el de príncipe, que aun bastardo no dejaría de aceptar cualquiera, y el de titular de la villa, que le llamaba con solicitud imperiosa. Los actores querían continuar el espectáculo. Alguien propuso que el barbero fuese en sustitución de su amo, solución aceptada por todos, menos por los hijos del doliente y de un tercero que llegó con mayores apremios gritando que el enfermo se marchaba por la posta. Es de saber que el barbero era parte integrante, o por lo menos apéndice, del médico, pues que éste tenía la obligación de hacer la barba, o mandarla hacer a su costa a los clientes.

El médico, después de vacilar un momento, se lanzó a la calle envuelto en el manto, no sé si de Alcántara o Montesa, que cubría la hojadelata con que iba acorazado. La distancia a la cueva en que yacía el paciente no era corta; la noche, que era la del 11 de Noviembre, dejaba sentir bastante el frío, y el barro se agarraba tenazmente al coturno que calzaba don Enrique, quien, por no inclinarse al penetrar en el tugurio, sufrió un achuchón en la cimera del casco, que unos aseguran que era de vistoso plumaje y otros que remataba en un enros-

cado serpentón abiertas las horribles fauces, capaz de poner espanto en el ánimo más valeroso.

A todo esto el público soberano, que era de pago, dejaba desbordar su justificado enojo con denuestos y gritos, entre los cuales los más cultos y comedidos eran: ¡Que levanten la cortina! ¡Arriba ese trapo! ¡Que nos vuelvan el dinero! ¡Que quiten de ahí esa manta que hace falta en la cama de... y tanto arreciaba la tormenta que el director de escena, esto es, el irascible don Pedro, salió al tornavoz y dijo: Por haberse agravado el viejo Mandraulas, el médico ha tenido necesidad de acudir en su auxilio. Tenga un poco de paciencia el público respetable.—Y éste, sin respeto a nadie, como no entendía una palabra de aquella vocecilla chillona y débil, arreció en su vocerío, y el bueno de don Pedro, a pesar de su energía y su arrogancia, hubo de guarecerse entre los bastidores.

La compañía estaba asustada, sus damas iban a huir por que la fiesta empezada... mal podía proseguir faltando un actor. En tan grave conflicto, el barbero, que no tenía papel ninguno, se adelantó a las candilejas, y con más voz y más empuje que el primer galán, increpó al auditorio diciendo: ¿Habéis de ser tan brutos que por no esperar un poco preferís que se muera el tío Mandraulas? Mi amo antes que cómico es físico y muy pronto volverá.—A estas razones, salpimentadas con otros apóstrofes, el ilustrado público enmudeció.

Aprovechando este silencio acudamos a la cueva de Mandraulas.

Estaba tranquilo y semialetargado, y al llamarle la atención el médico abrió los ojos, que clavó con espanto en la extraña y horrible figura que tenía delante. El facultativo, que no debía estar muy sereno, quiso pulsarle con la mano cubierta por la manopla, y al sentir el frío de ésta y oír el extraño chirrido de sus mallas, el enfermo intentó arrojarle del menguado lecho, gritando con desesperantes voces: ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que el demonio quiere llevarme!, luchando por desasirse de los brazos del médico, cuya indumentaria al figurín militar del siglo XIV resplandecía con siniestro brillo en aquel destartado subterráneo. Los vecinos acudieron al estruendo, aumentándole con sus exclamaciones; la familia increpaba al titular por lo inoportuno de su traje y por el subido carmín de sus mejillas y lo exagerado de su bigote, cuando él no usaba ninguno. El barbero, que había acudido con otros desde el escenario en busca de su amo, forcejeaba por llevarseles; los deudos del *interfecto*, cada vez más irritados, no sabían si retener al doctor o echarlo de allí, mal pareciendo. Por fin, entre aquella confusión y aquel desorden, el barbero y los suyos se llevaron al actor, y antes que fuera visto en el teatro empezó el último acto.

A todo esto el infeliz Mandraulas, víctima de su terrible obsesión, aprovechando el desorden caótico de su casa, logró lanzarse a la calle, o más propiamente al campo, que era donde estaba situada su modesta vivienda. Todos corrieron tras él apenas advirtieron la huida, y era un espectáculo verdadera-

mente fantástico verle correr con una agilidad impropia de sus años pidiendo auxilio con desesperados gritos contra los demonios que le perseguían, que eran sus hijos y sus vecinos alumbrándose con extrañas linternas en aquella noche oscura y lluviosa, queriendo tranquilizarle con menos desafortadas voces.

Claro es que no tardaron en darle alcance, y sujetándole le volvieron como pudieron a la choza. El esfuerzo y el frío de la noche, que le recibió tan ligero de ropa como es de presumir ocasionaron al agotado enfermo un paroxismo que confundieron sus deudos con la muerte, que no los sumió en llanto ni abatimiento, sino en furor y rabia contra el médico que, según ellos, la había ocasionado, desatándose todos en amenazas y exterminio; y empuñando el mayor de los hijos, que tenía merecida fama de matón y pendenciero, una herramienta de su oficio que en la pared estaba colgada, rompió a correr furioso hacia el teatro y penetrando por la puerta de los cómicos atropellando a todos, invadió el escenario en el momento en que después de llenarse fraternalmente de groseros insultos don Pedro y don Enrique, se unen en estrecho abrazo con resolución de no desasirse hasta la muerte. Desatentado y ciego el primogénito de Mandraulas, esgrimió la podadera que empuñaba para hundir su peto en el cuello del malhadado conde; mas el barbero estuvo con tan exacta oportunidad al quite, que sujetando en el aire el brazo y el arma evitó probable muerte de su amo.

El público se levantó en vilo aterrado ante aquella emocionante é improvisada escena, Men Rodríguez y hasta el mismo capitán Blas, acudieron en socorro del de Trastámara, faltando a sus papeles, no haciéndolo don Pedro porque cayó asustado. El alcalde se descolgó de la presidencia por un poste abajo para acudir más pronto al escenario, y en medio del desorden, de la confusión y del tumulto, adelantóse hasta la bañera el rapista y con una arrogancia cómica y una entonación trágica que hubiera envidiado el mismo La Torre, dijo:

Sin quitar ni poner Rey
He salvado a mi Señor.

JOSÉ NIETO.

Al mar anochecido

Si su belleza en mí morir pudiera,
como en tí, mar, se borran los colores
que el sol divino te dejó, en las flores
de luz de toda su gentil carrera!

Mas ¿qué es la muchedumbre, pasajera
eterna, de este oleaje de dolores,
para tal resplandor de resplandores,
alba sola de toda primavera?

¡Mar, toma tú, esta tarde sola y larga,
mi corazón, y dá a su sufrimiento
tu anochecer sereno y extendido.

¡Que una vez sienta él cual tú, en la amarga
infinitud de su latir sangriento,
el color uniforme del olvido!

JUAN RAMÓN JIMÉMEZ.

Los apuros de Zorrilla

Los que consideran al genio como un menestral al servicio de los ciudadanos, creían allá por los años 1880 a 1885 que Zorrilla era un manirroto: no se le podía resistir; se gastaba cuanto tenía, cuanto ganaba, cuanto le dieran con mano más vanidosa que justificara estas y aquellas personalidades y corporaciones. Había quien consideraba que, para unos pocos versos regalados al mundo, espléndida dotación eran unos miserables miles de pesetas.

Venían después de los censores licenciados en economía doméstica (censores que siempre han solido meterse donde no les importa), los censores licenciados en arte mayor, magníficos señores que afirmaban la nulidad de la obra pulquerrima zorrillesca (estos censores continúan pelechando aún; son atildadísimos eunucos de la lírica castellana, gentes que por equivocación usan pantalones).

Como resumen de la crítica *económica* contra Zorrilla, todavía se ha dicho, cuando la aureola de la muerte llena ya de grandeza y majestad al augusto muerto, que los pliegos de versos que ostenta en una mano la estatua del poeta son pagarés protestados. ¡La infamia minúscula queriendo herir en el acero damasquino de la gloria!

Y bien: he aquí un aspecto interesante de la vida del poeta cuyo nacimiento conmemoramos. Zorrilla ¿era o no era manirroto? ¿vivió pobre o rico por su culpa?

En primer lugar hay que convenir en que el genio no se tasa. Cien pliegos de aleluyas valían en la calle de la Ruda, de Madrid, cinco pesetas en los tiempos de *El Frac azul*. Al precio de las aleluyas ciertamente que el material literario de Zorrilla apenas hubiese rendido capital bastante a mantener a un jilguero. Y no hay que perder de vista que Zorrilla pasaba de la categoría de ruiseñor.

Sin embargo en sus primeros tiempos Zorrilla cobró por sus admirables obras poco más de lo que cobraban los facedores de las regocijadas aleluyas madrileñas. Así se explica que le valiera la propiedad del *Tenorio* (propiedad que ha rendido muchos millones de pesetas) apenas lo que cuestan hoy un par de billetes de la Lotería de Navidad, que no pasan de ser aleluyas escritas por la nación.

Más tarde es verdad que fué adquiriendo valor la obra de Zorrilla, pero el mayor ingreso que dejaba repartíanselo bonitamente músicos y danzantes. Véase lo que ocurre con el egregio Pérez Galdos y compárese.

Mercurio no recoce a Apolo: entre una buena vara de tela y un buen dístico, Mercurio se queda con la tela, que sirve para tapar muchas desnudeces humanas. Y el dístico si acaso puede servir para descubrirlas.

La sordidez de los editores en la época de Zorrilla seguía siendo la misma que siempre ha sido; si el poeta editaba por sí

y ante sí, le robaban el impresor y el librero y el encuadernador y el dibujante. Si editaba por cuenta de *caballo blanco*, el caballito era el que ganaba la carrera. El vate usufructuaba un reducido tanto por ciento.

Además, a Zorrilla acudía todo el mundo bohemio en sus cuifas de dinero. Era el actor desgraciado; era la viuda del pobrecito impresor que le compuso un soneto por junto; era el honrado padre de familia que jamás leyó lo que el vate escribiera; era la doncella pudorosa y huérfana que necesitaba dote; era el niño desamparado; era el cesante sin esperanza ni puchero; era el terrible conspirador que tomaba a Don José por Don Manuel, aquel otro genio de la política de antaño.

Tampoco Zorrilla miraba el valor del dinero. Iba derecho a su fin, y este fin no era precisamente el de hacer una fortuna. Necesitaba alpiste como todos los pájaros cantores, pero no se cuidaba de sembrarle, ni de recogerle; esta última operación debía pertenecer de hecho y de derecho a la Divina Providencia, que da de comer a todos los pajarillos, sean o no cantarines.

Porque Zorrilla pertenecía a aquella generación de poetas que tenían bastante con un tintero, una pluma hecha con mimbre y una tinta para colorar cestas. Pertenecía a la grey que tiraba la calderilla al Tajo por no entrar en Lisboa con tan despreciable metal en el bolsillo.

Es verdad que el vate pudo ser millonario. Le impulsó a no serlo su caballeresca idiosincrasia. ¡Ah, si Zorrilla hubiese sido un poco Romanones, hubiera muerto en la opulencia, con media América suya!

Pero era Zorrilla simplemente: esto es algo que no puede parecerse a nada, como no sea a otros genios que también se comieron los codos de hambre.

Y el poeta ganaba montones de duros que se le iban entre músicos y danzantes y disfrutaba de pensiones que pasaban por sus manos poco menos que a todo vapor: ¡como pasa el lujo del tren rápido por las desoladas campiñas de la sierra!

* * *

El poeta ha de vivir como siente: en grande. No en vano forja la mente palacios de Aladino y preseas de Gioconda para luego dormir en una zahurda y mal envolver el cuerpo en una modestísima hopalanda.

¿Es de extrañar que el gran vate amase el lujo y le gustara el champagne más que el chacolí?

¿Podrá algún mediocre entendedor, de esos que reniegan de las melenas, suponer que los poetas no tienen derecho a las trufas, ni a los abrigos de pieles ni a los automóviles? Si lo supone, allá él.

Pero no supondrá más que una solemne majadería. ¡Menos trabajo cuesta poner un escrito de demanda, que hacer una buena comedia, y hay leguleyo que cobra millones por el escrito!

Dedúcese que Zorrilla no era pobre por su propio despilfarro, sino por el espolio que sobre él ejercían todos, pobres y ricos, unos pidiéndole, otros explotándole.

Y sépase que los poetas hemos venido al mundo para eso. Para ser explotados, porque como diría un excelente amigo mío, los poetas somos niños grandes a quienes fácilmente se les contenta con una cuca.

* * *

Para terminar; veamos, lector, si Zorrilla pudo ser rico.

Yo por tal le tengo, aunque la mayor parte de su vida fuera vida de pobre. Zorrilla tenía un inmenso caudal en su musa: Zorrilla podía hacer, en la noche callada, que resucitasen los misteriosos gusanos guardadores de los cien tesoros del Shah. Zorrilla en pleno invierno hacía florecer las encendidas rosas de Chipre, y sin dinero alguno podía remediar el hambre de un necesitado, regalándole, como de limosna, una *composición original*¹.

Zorrilla podía regalar a unos y otros, a todos los periódicos, revistas y semanarios del mundo, versos frescos que podían valer y valían mucho dinero. Y era el pedigitañear de los periodistas mayor si cabe que el pedigitañear de los desvalidos. Y Zorrilla daba con mano pródiga.

El poeta volvió una vez de Barcelona triste y contrariado. Había ido a dar un tiento a sus editores porque tenía precisión de fondos, y entre el viaje y la tacañería del librero le quedaban muy pocas pesetas, tres o cuatro centenas.

Y aquel día, precisamente, apenas quitábase el polvo del viaje, Zorrilla recibía a la viuda de un tramoyista que se mató en un teatro de Madrid cayéndose desde los telares.

Iba la mujer rodeada de niñitos medio desnudos. El poeta conoció a su marido, el cual *le había colgado* las decoraciones de *El Zapatero* y *el Rey* o cosa parecida.

Contó su miseria la pobre, invocó el hambre de sus hijos y... Zorrilla la entregó en el acto las pesetas que le habían sobrado de Barcelona.

Y se quedó sin blanca.

* * *

¿Verdad, lector, que los pagarés que tiene en la mano la estatua de Zorrilla no son pagarés?

Son cheques contra la admiración y la caridad universales.

DARÍO VELAO.

ZORRILLA DRAMATURGO

Don Juan Tenorio

Nadie—ni el mismo Tirso de Molina, a pesar de su innegable maestría escénica,—logró dar a la figura de Don Juan el interés y el encanto que nuestro Zorrilla. La leyenda del audaz aventurero sevillano, bellamente recogida, entre otros autores, por el exquisito e irónico Molière, no se hace popular hasta que el poeta de Valladolid se le apropia y le vacía en el molde sonoro de sus versos incomparables.

¹ Este hecho ocurrió más de una vez en la vida del poeta y el socorrido menesteroso sacó por los versos del vate buen puñado de pesetas.

Crueldades de la vida, bien conocidas por el bardo castellano, obligáronle a vender la propiedad de su drama por una mísera cantidad, imitando en esto al Esaú de la tradición genésica, que por un plato de *guisado rojo* vendió a Jacob la primogenitura, el privilegio más alto del pueblo de Dios. Por esto, Zorrilla se obstinaba generalmente en desacreditar su *Don Juan*, siendo el primero que le sacaba defectos y que hacía resaltar lo absurdo de algunos de sus episodios. Era (por cierto) bien duro y doloroso, que mientras el editor o comprador de la obra realizaba con ella pingües ganancias, el autor que la concebía con trabajos y con dolores la parió, se encontrase a menudo en difíciles situaciones económicas.

Por otra parte, y a causa de la feliz ocurrencia de un empresario que resucitó el casi olvidado drama para relacionar el panteón de la familia Tenorio y las fantásticas apariciones de las estatuas con la conmemoración de los fieles difuntos, hace muchísimos años que el *Don Juan* de Zorrilla se representa en la mayor parte de los teatros de España desde los últimos días de Octubre hasta bien entrado Noviembre: y esto, al mismo tiempo que ha dado a la obra una profusa popularidad, la ha empequeñecido, en cierto modo, es decir, que la misma prolijidad con que se ven sus escenas y se escuchan sus versos, es causa de que nos sean tan conocidos, tan familiares, que apenas apreciamos su mérito, ni menos aún el de la concepción y desarrollo de toda la comedia.

Sin embargo, difícilmente podrá encontrarse en el riquísimo venero del teatro español obra de mayor interés en su acción, de más acierto en los resortes escénicos, de exactitud más sostenida en sus caracteres, de belleza más admirable en su forma, de réplica más oportuna en su diálogo.

D. Juan es el mozo gallardo y valiente, apasionado hasta el crimen, pero de una hidalguía y nobleza íntimas—fruto de su sangre española—a quien la fama de sus propias hazañas, le ensoberbece y exalta—todo muy humano—; mas al que la belleza candorosa de una mujer despierta en su corazón, sólo atento hasta entonces a concupiscencias y liviandades—el verdadero amor, casto y casi celesté.

Dona Inés, la

pobre tórtola enjaulada,

(frase que, con un par de octavillas, también dedicó el vate a Magarita la tornera) se iba dejando llevar por el místico y suave ambiente del claustro; la carta que entre las hojas del devocionario logra deslizar el enamorado D. Juan sacude la resignada pasividad de aquel espíritu, le hace sentir desconocidas pasiones de delicias y desde el instante que, a la luz de la vela con que la alumbraba Brígida, lee aquello de

*y si odias esa clausura
que ser tu sepulcro debe,
manda, que a todo se atreve
por tu hermosura D. Juan,*

la novicia siente un desdén, mejor dicho, un aborrecimiento irresistible a la celda, y un anhelo decisivo, fortísimo, de

arrojarse en brazos del galanteador. Ama a D. Juan luego con amor tan intenso que ni la muerte de D. Gonzalo es bastante a extinguirle; muere de amor por su galán, en el convento donde la *hermosísima paloma* vuelve a rezar por él, a soñar con él, y ya en el mundo de la verdad, el amor de Doña Inés es más poderoso que la muerte y llega a tiempo de salvar a D. Juan y de abrirle las puertas del cielo.

Estos dos caracteres son una maravilla; son de lo más hondo, verdadero y humano y, al propio tiempo, *de lo más teatral* que se ve en nuestras principales producciones escénicas.

Y la acompañan el Comendador, digno y austero; el don Diego, cuya única escena del primer acto, es una de las más bellas de la obra; Brígida, digna sucesora de Trotaconventos y de Celestina; el fiel y asustadizo Ciutti, la enamorada e inocente doña Ana, la apicarada Lucía, el exaltado escultor. Acaso la figura menos interesante es la de D. Luis Mejía, que es un Tenorio de segunda clase y por tanto, acabado y perfecto el tipo en D. Juan, ha de resultar apagado e incompleto en don Luis.

Zorrilla era no solamente un poeta formidable—por nadie eclipsado ni aún igualado en nuestros días—, sino un portentoso autor dramático. Díganlo, a más del drama que estamos comentando, su *Traidor, inconfeso y mártir*, cuyo primer acto, es el modelo más perfecto que puede darse en la obra dramática; su *Zapatero y el Rey*, en el que superó con mucho al *Juan Pascual*, de Juan de la Hoz, basado en la misma leyenda; su *Puñal del Godo*, escrito en pocas horas y representado millares de veces por todas las compañías de aficionados.

Cuando, en los tiempos que corremos se dice que «ya no gusta el teatro en verso, que es algo exótico, anacrónico, que no puede vivir», yo no puedo menos de decirme: El teatro poético gustará siempre, porque lleva en sí elementos esenciales de belleza cuyo efecto no puede fallar; lo que sucede es... que no hay quien lo haga; que no hay entre nuestros poetas actuales quien sepa o quiera (me inclino a lo primero) hacer teatro como el de Zorrilla, ni siquiera como el de García Gutiérrez o Hartzenbusch».

En efecto, grandes poetas líricos, como Marquina y Villaespesa, suelen hacer obras escritas en versos sonoros y bellos (menos cuando el segundo escribe *La maja de Goya* con el molde de las aleluyas de D. Juan de Dios Blas); pero *no hacen teatro*; no dan interés, vida, esencia, fuerza de acción, de caracteres y de diálogo, a sus producciones. Y así sus éxitos suelen ser incompletos; se aprecia la galanura de la versificación (casi siempre, además, conceptuosa y laberíntica en Marquina), pero se echa de menos *ese algo* especial que debe tener la obra de teatro, en lo cual Zorrilla era acabado maestro.

¡Ah, si él viviera seguiría siendo el gran autor dramático; porque si la corriente precipitada y descolorida de este siglo no se avenía con su temperamento, continuaría refugiándose—como los indicados poetas y otros suelen hacerlo—en el inagotable tesoro de nuestra tradición y de nuestra historia!

Ved cómo el éxito poético teatral más resonante de estos últimos años ha sido el de *La Tizona*, obra en que el españolísimo escritor López Marín y el malogrado y exquisito poeta Ramón de Godoy—hace pocos días arrebatado por la muerte implacable,—acertaron a llenar de versos esmerados, musicales, altivos, un asunto y unos caracteres y una acción empapados de emoción y de vida.

Este consorcio entre lo que se ha dado en llamar técnica teatral y la forma lírica, supo, como ninguno, realizarlo el autor de *D. Juan Tenorio*. Como apuntaba antes, el exceso de popularidad de la obra tiende a perjudicarla; tan repetidos son sus versos, que ya apenas percibimos su encanto. Pero acordaos de las quintillas en que ambos rivales cuentan sus triunfos; de la escena de D. Diego, antes invocada; de los ovillejos de la reja; de las octavillas de la dueña tercera; de la carta de seducción; de las manoseadas, pero dulcísimas, décimas del sofá; de las violentas, tremendas del cementerio; del diálogo durante la cena; de los endecasílabos del acto último, siempre mutilados en la representación... Pensad en toda la melodía de esos versos, a raudales derramada por el poeta, y decid si algún vate español supo ni sabe—ni acaso sabrá—componerles mejores.

Y es que Zorrilla, nacido en Valladolid, de cristianos y piadosos padres, según la carne, tiene otra generación: la generación poética. Zorrilla es hijo de aquel rui señor y de aquella alondra cuyo divino canto discutían—y siguen discutiendo—Julieta y Romeo, en su amoroso idilio, en la obra inmortal de Shakspeare. Por eso el poeta pudo decir de sí mismo:

«*Mi madre fué una alondra; mi padre, un rui señor*».

MIGUEL DE SAN ROMAN.

Madrid, Febrero 1917.

Una carta de Zorrilla

AUTÓGRAFO INÉDITO

Aunque meritisimas plumas han de hablar suficientemente sobre el hijo más predilecto de Valladolid, en el número extraordinario que REVISTA CASTELLANA dedica al primer centenario del nacimiento de aquél, hemos de dar a conocer, no obstante, una carta suya, cuyo autógrafo inédito se conserva en el archivo municipal de Palencia, y que este humilde admirador de la historia castellana quiere que por vez primera vea la luz popular, en fecha tan memorable; pues encierra aquella conceptos dignos de mucha atención, que dicen bastante de la vida del gran poeta nacional, hijo predilecto de la ciudad palentina, donde, como él mismo expresa, *debió residir y morir*, y donde aún, para gloria nuestra—ha tiempo lo dijimos—se alza casi intacta la casa solar de sus mayores, en la cual casa es fama que escribió parte de su poema oriental de *Granada* y algunas escenas del *Tenorio*.

Del acendrado cariño que Zorrilla sentía hacia Palencia, de la que fué correspondido nombrándole su hijo predilecto y rindiéndole la admiración debida, habla mucho el siguiente autógrafo, que hemos de publicar íntegro, por las razones expuestas, a excepción de aquellas palabras y conceptos de puro interés particular y amistoso, del que no prescindiremos del todo.

La carta está dirigida al señor alcalde de Palencia y fechada en Valladolid.

Dice así:

«Muy Sr. mío y de mi consideración: Hasta hoy me han impedido escribirle enfermedades en casa y afanes de la vida; con los cuales no deja nunca la Providencia de compensar las satisfacciones de la mundana gloria. No por esta tardanza me tenga V. por olvidadizo ni ingrato con mis amigos de Palencia, *en cuya provincia debería yo residir y morir, si la marcha del siglo y las discordias civiles no hubieran puesto entre mi padre y yo una distancia, que yo no supe y él no quiso salvar jamás.* Palencia y su historia, *por ser la tierra en que tuve mi casa solar, tienen para mí seductores atractivos, que de buena gana renovarían y no dejarían de trasladar a las hojas de un libro,* pasando ahí una temporada suficiente para recorrer y examinar los rincones, en los cuales *no acerté a localizar exactamente la acción de mi Margarita la Tornera.*»

Las amarguras de la familia de mi amigo A..., cuya casa considero como la mía, por la amistad de nuestros padres *en la proximidad de nuestras casas en Torquemada,* me han retraído y me retraen de ir a incomodarle y alterar el silencio a la triste paz de su casa, con el ruido y el movimiento que llevo tras mí donde quiera que voy.

Yo soy un hombre sencillo y sin vanidad, que sólo me divierto en familia, a quien revienta su Eminencia, Excelencia, y su cacareada existencia. Si yo pudiera ir a todas partes como todo el mundo, sin anuncios, sin música ni bombo, me divertiría en todas partes, y más ahí. En fin, allá veremos, que dijo Agrajes.

Entre tanto suplico a V. que sea intérprete de mi gratitud y que haga presentes mis recuerdos al señor Gobernador. . . .

y demás comensales de nuestro almuerzo del viernes diez.

Un día de estos, tal vez el domingo, tendré que salir para Madrid, de donde regresaré a fines del mes o principios de Julio; si algo tuviere V., que comunicarme, el señor don José María Conde, Plaza de Santa Ana, 7, principal, izquierda, en esta ciudad, es el encargado de mis asuntos, durante mis ausencias de ella, y me remite mis cartas.

Y sin más, me ofrezco de V. y de nuestros comensales, amigo reconocido que les envía un abrazo y B. LL. MM. José Zorrilla.—Valladolid, Junio, 17-86.

No hacemos comentario alguno del inédito autógrafo, por-

que los conceptos del mismo son claros y terminantes. Solamente subrayamos aquellos de mayor relieve para la biografía del poeta, a quien tan altamente honran Valladolid y REVISTA CASTELLANA. Así deseáramos que la honrasen también en Palencia y Torquemada, su pueblo solar, siquiera por la gloria que nos dió con su célebre leyenda palentina, *mal localizada, de Margarita la Tornera*.

A. GARRACHÓN BENGOA

Palencia

Consagración

—Aparición soberana:
¿quién eres?; ¿qué vas a hacer?
—Soy «El Alma castellana»
y enlazo un fecundo *ayer*
con un glorioso *mañana*.

La Aparición flota en un mar de luz, meciéndose en un beso de la infinita Belleza... Sobre las olas donde el iris rueda multiplicándose, bajo el divino beso, encarnan en una flor todas las bellezas naturales; en torno del Hada, aletean el numen, la idea y el ingenio y una corona de miradas del eterno Amor orla su adorable cabeza. La diosa teje una guirnalda con letras y números: *21 de Febrero de 1817—23 de Enero de 1893—Eternidad—Inmortalidad*; y enmarca en la guirnalda, fresca y fragante, el escudo de Valladolid. El Alma castellana, con virtud y poder divinos, consagra la memoria del poeta que puso el alma toda de su pueblo en la suya y la suya en los versos que abrazaron un monumento inmortal a

José Zorrilla

Y la Musa de Castilla
—Reina de la inspiración—
pone a los pies de Zorrilla
la lira del corazón!

R. MARTÍNEZ.

Notas

En el momento de salir al público el presente número de nuestra revista, se están celebrando las fiestas organizadas en Valladolid para conmemorar el primer centenario del nacimiento de Zorrilla.

Con la mayor satisfacción debemos hacer constar que el éxito no puede ser más brillante, y que merecen toda clase de felicitaciones el Ayuntamiento de Valladolid, el Ateneo, la Real Academia de Bellas Artes y las demás corporaciones que han intervenido en la organización.

HIMNO A ZORRILLA

Canto escolar, escrito con motivo del centenario del poeta

DEDICADO AL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID

Letra de CARLOS RODRÍGUEZ DÍAZ

Música de AURELIO GONZÁLEZ

1.^a ESTROFA

.....

En las frondas granadinas triste canta un ruiseñor,
en Toledo dice el Tajo quedamente su cantar,
en las torres castellanas lanza el bronce su clamor;
son los ecos de los cantos de Zorrilla, el gran juglar;
son los ecos de los cantos del más grande trovador.

Patria mía, noble España,
mucho más tu gloria brilla
porque a tu historia acompaña
la grandeza de Zorrilla.

2.^a

Cinceló galanos versos de suprema inspiración
en idioma castellano, y con él pudo cantar
gentilezas de una raza que dió gloria a su nación,
la hermosura de los campos, la belleza de la mar,
heroismos del pasado y la santa religión.

Patria mía, etc.

3.^a

La leyenda le ofrecía sus aromas y esplendor,
le brindó la historia asuntos de grandeza sin igual,
le prestó la fe sus alas y voló como el condor;
y las musas le ofrendaron de sus dones el caudal
y por eso fué Zorrilla el más grande trovador.

Patria mía, etc.

¡Gloria al poeta!

¡Gloria!

The musical score is written for voice and piano. It begins with an 'Introd.' section in treble clef, followed by an 'Ambante maestoso' section in bass clef. The main melody is in treble clef with lyrics in Spanish. The piano accompaniment is in bass clef. The score includes dynamic markings like 'f' and 'p', and performance instructions such as '1.^a vez', '2.^a vez', and '3.^a vez'. The lyrics are: 'En las frondas granadinas triste canta un ruiseñor, en Toledo dice el Tajo quedamente su cantar, en las torres castellanas lanza el bronce su clamor; son los ecos de los cantos de Zorrilla, el gran juglar; son los ecos de los cantos del más grande trovador. Patria mía, noble España, mucho más tu gloria brilla porque a tu historia acompaña la grandeza de Zorrilla. Cinceló galanos versos de suprema inspiración en idioma castellano, y con él pudo cantar gentilezas de una raza que dió gloria a su nación, la hermosura de los campos, la belleza de la mar, heroismos del pasado y la santa religión. Patria mía, etc. La leyenda le ofrecía sus aromas y esplendor, le brindó la historia asuntos de grandeza sin igual, le prestó la fe sus alas y voló como el condor; y las musas le ofrendaron de sus dones el caudal y por eso fué Zorrilla el más grande trovador. Patria mía, etc. ¡Gloria al poeta! ¡Gloria!'.

